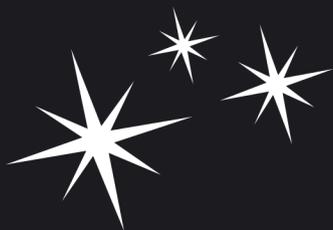


PROYECTO JÓVENES Y MEMORIA
Escuela Secundaria Ciclo Básico N° 21 - Berazategui
Coordinadora: Lorena Gaz



DESTELLOS DE LA MEMORIA

Recopilación de relatos y pensamientos de
familiares de Desaparecidos de Berazategui



Editorial Municipal de Berazategui

DESTELLOS DE LA MEMORIA

Recopilación de relatos y pensamientos de
familiares de Desaparecidos de Berazategui



Editorial Municipal de Berazategui

Destellos de la memoria: Recopilación de relatos y pensamientos de familiares de desaparecidos de Berazategui / coordinado por Lorena Gaz.

1a ed. - Berazategui: EdiBer - Editorial Municipal de Berazategui, 2011. 116 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-26352-3-7

1. Narrativa testimonial. I. Gaz, Lorena, coord.

Intendente Municipal (Interino)

Dr. Juan Patricio Mussi

Secretario de Cultura (Interino)

Sr. Federico López

Secretaría de Cultura y Educación

Municipalidad de Berazategui

Capital Nacional del Vidrio

1a. edición, Ediber - Editorial Municipal de Berazategui, 2011.

Coordinación de la edición: Adriana Pagliaroli.

Diseño de tapa: Gerardo Dappiano.

Diseño gráfico: Gladys Lorena Ayala, DCV (UNLP).

Corrección: Erica Lanfranchi.

Revisión: Lorena Gaz.

Impresión: Entrecorillitas Impresores - Calle 6 N° 506, La plata, Argentina.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del responsable de la editorial.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina.

Este libro conmueve profundamente y construye esperanza por muchos motivos. Porque ejercemos nuestra ciudadanía asumiendo el pasado y consolidando un futuro donde los valores democráticos sean una práctica cotidiana; porque es un compromiso de todos mantener viva la memoria del dolor y el horror provocados por la última dictadura militar; pero sobre todo porque está hecho por jóvenes. Ellos han evocado, investigado, asumido y recreado los hechos más oscuros de nuestra historia reciente y supieron "hacer escuela", en la propia escuela. Son jóvenes de nuestro Berazategui que ponen en palabras este compromiso con sus pares, con la sociedad toda y con aquella generación de jóvenes y adultos que fueron desaparecidos y privados de la posibilidad de tener voz en nuestro presente.

A ellos, a los familiares de las personas desaparecidas, a los que se involucraron con tenacidad y generosidad para que este libro fuera posible, y especialmente a los docentes que acompañaron este proyecto, nuestro reconocimiento y agradecimiento.

A todos el compromiso renovado de priorizar la educación y la cultura en nuestro distrito. Nunca Más. Nunca menos.

Dr. Juan Patricio Mussi
Intendente Municipal (Interino)

Prólogo

Siento orgullo y admiración por todos aquellos que participaron en la producción de este libro. Por los alumnos, por su espíritu, sus ganas de aprender; por explorar y por experimentar sensaciones encontradas junto a los familiares que les han contado sus historias. Que si bien el relato histórico lo tenían incorporado, vivirlo aunque sea por unas horas y trasladarse a otras vidas los hizo crecer y entender. Crecer, en cuanto a su formación como personas, y entender que es posible ejercer su derecho como ciudadanos; crear al conocer un poco más sobre nuestra historia. Que siendo tan jóvenes han demostrado que sí hay un futuro, que hay una posibilidad, y que debemos ayudarlos a encontrar un camino despejado para lograrlo.

Por los docentes, que han demostrado, una vez más, su compromiso con la Institución, con sus alumnos y sobre todo con la sociedad. Al involucrarse respetuosamente, al enseñar, al hablar, al comentar, al debatir y al expresar su conocimiento han demostrado su saber experto en la temática planteada, y han demostrado su calidad como seres humanos. Mi especial agradecimiento al Profesor Hugo Dichdji y a la Profesora Yamila Puglielli, quienes han superado, sin ninguna duda, la concepción de saber que con ganas y entusiasmo todo se logra.

Agradezco también a los padres de los alumnos, ya que han permitido de manera sostenida, en el acompañamiento a la Institución y a sus hijos, que los mis-

mos crecieran, ayudándolos a dar un paso más en su trayectoria escolar.

Y a familiares de las personas desaparecidas de Berazategui. A todos ellos que pese al dolor de recordar y de volver a vivir situaciones han recibido a docentes y alumnos de la mejor manera. A ellos va este pequeño reconocimiento, en memoria de los que lucharon y ya no están, cuando almas sin rumbo les han quitado su derecho máspreciado: la vida.

En homenaje a ellos, y a todos sus seres queridos, que de una manera u otra siguen manteniendo encendida la llama de la *verdad* y de la *justicia*, la elaboración del *presente* ha sido posible.

El “destello de la memoria” es una experiencia que consiste en recordar ciertas circunstancias luego de mucho tiempo, pues por su importancia están destinadas, a ser recordadas a través de los años.

Ese es el objetivo de este libro, que no se trata de una experiencia cerrada sino que apunta a su crecimiento, los recuerdos serán guardados en el corazón, pero en el trayecto de nuestra vida, la memoria va con nosotros. Para no olvidar. Para construir un futuro mejor.

Lorena Andrea Gaz
Directora

Escuela Secundaria Ciclo Básico N° 21 de Berazategui

Agradecimientos

Docentes coordinadores:	Docentes Colaboradores:
Prof. Yamila Puglielli	Prof. María Laura Alicandro
Prof. Hugo Dichdji	Prof. Andrea Lucarelli
	Prof. Rubén Mc Namara
	Prof. María del Rosario Fabra
	Prof. Gabriela Sanz

Alumnos:

Alonso, Facundo	Mazzella, Fiorella
Berán, Daniela	Ozzán, Macarena
Buttice, Jesica	Pampin, Esteban
Carbone, Mariano	Persichetti, Agustín
Córdoba, Magali	Pereira, Matías
Cordary, Lázaro	Porro, Milagros
Coronel, Adrián	Skorodynski, Florencia
Gallo, Guillermo	Vera, Gimena
López, Micaela	

Y a todos aquellos que directa e indirectamente colaboraron, cada uno desde su rol y gestión. Especialmente, por el apoyo siempre brindado a esta Institución, al Sr. Inspector Jefe Distrital Lic. Hugo Mazzola y a la Sra. Inspectora Prof. Susana Nicolosi.

Aclaración

Destellos de la Memoria se encuentra dividido en dos partes. La primera parte, “Yo quiero seguir jugando a lo perdido” es una recopilación de relatos creados íntegramente por los alumnos, la falta de uniformidad en estilos y redacciones responde a que cada grupo canalizó sus experiencias, tamizadas estas por emociones completamente distintas unas de otras. Permítasenos el atrevimiento de considerar esta la mayor riqueza del trabajo. Al mismo tiempo, en muchos de estos relatos existen una serie de documentos -periodísticos muchos- que respaldan y complementan los testimonios que los alumnos supieron recoger y exponer.

En la segunda parte, titulada “La imaginación al poder”, se notará que cambia drásticamente el estilo estético del trabajo. Nos hemos atrevido a intentar realizar una serie de cuentos, relatos e historias elaboradas a partir de las entrevistas a familiares de desaparecidos, sin embargo, es importante aclarar que cualquier persona que conozca el Circuito Camps, El Castillo, La ESMA, El Vesubio, y El Puesto Vasco, se dará cuenta de que nos hemos tomado muchas libertades en la descripción de los detalles históricos y geográficos; libertades totalmente intencionadas. Aunque estos centros clandestinos de detención, ciudades y zonas existen, hemos alterado alguna información según las necesidades de los relatos o por capricho y, por lo tanto, deben ser considerados ficticios.

También queremos dejar asentado que la clara complejidad que implicaba la realización de este trabajo evidencia que son el resultado de construcciones colectivas, de producciones literarias, con una alta participación docente especializada. Esta producción es el reflejo de la búsqueda de un grupo de docentes y alumnos por encontrar el camino por el cual emprender la construcción de un posible libro que contenga las historias de los desaparecidos de nuestro distrito, historia contada por todos aquellos testigos casuales de una época.

El colectivo de alumnos y docentes

Introducción

1. Estos textos giran en torno a una obstinación. Pensar las condiciones que había planteado el terror en la Argentina, implicaba pensar y, volver una vez más, sobre el pasado, ese que se construía en las vidas obstinadas, para mantener una idea a pesar de las contrariedades, a pesar de todas las objeciones.

Una obstinación que expresa una persistencia frente a los hechos históricos. La lucha por Verdad y Justicia es una persistencia de los organismos de derechos humanos y esa persistencia ha sido el emergente de la obstinación de los sujetos actuantes en la historia.

El tiempo es la condición de la vida. El tiempo es una obstinación. El tiempo es una persistencia para tomar distancia, persistencia para pensar el mundo ya hecho al cual venimos. Persistencia, obstinación para traer saberes olvidados, signos que vienen desde lejos, de hombres que ya son polvo, para que a través de ellos comprendamos el sentido de la propia vida que no supimos ver.

Persistir en desnudar al terror, a pesar de su persuasión devastadora, con una mirada obstinada, el germen simple, hasta ahora oculto, de los poderosos.

El terror puede modificar los resultados de la acción, pero no su realidad profunda. El pueblo tuvo que redescubrir dentro de sí mismo, a lo largo de casi tres décadas, una fuerza más honda y poderosa que ningún terror pudiera, con el tiempo, doblegar, negándose así a confundir el terror con las leyes físicas que

rigen los condicionamientos de la exterioridad. Fuerza del pueblo que siempre es el fundamento de todo poder.

Aún la barbarie inmisericorde penetra la trama compleja de un cuerpo, individual y social, que fue aterrorizado por su fuerza. Pero esa trama obstinada preexiste al ejercicio desnudo del poder que la sujeta, y está oculta porque desconocemos nuestro propio poder que, sin embargo, debemos despabilar y comprender.

El pueblo, parafraseando a Jean Paul Sartre, se caracteriza ante todo por la superación de una situación, por lo que logra hacer con lo que han hecho de él.

Estamos ahora asimilando la penosa lección, aprendiendo a saber. Pero es entonces cuando el terror antiguo asume otras formas. Los siniestros que ejecutaron impunemente la violencia, también presienten lo que nosotros estamos aprendiendo en nuestros propios cuerpos.

Pero ni aún en la soberbia lograda por la euforia de su efímero triunfo se saben seguros. La propia barbarie desatada les regresa a sus cuerpos como un eco y se derrama como un constante temblor. Pues sólo esta lógica estricta es la única implacable: la de la vida que vence al terror.

Los asesinos, no lo dudemos, son los que están más atravesados por el miedo. La muerte que dieron a los otros penetró en sus propios cuerpos. Para ellos la muerte es siempre actual: el movimiento temporal de sus vidas está animado por ese ritmo mortal.

2. En el libro *Vida y Destino de Vasili Grossman*, presentada a publicación en 1962, un prisionero le susurra a sus compañeros de cautiverio: “Alguien debería escribir un tratado sobre los tipos de angustia en los

campos de concentración. Una angustia te oprime, otra te agobia, la tercera de ahoga, no te deja respirar. Y hay una especial que ni te ahoga ni te oprime ni te agobia, sino que desgarrar al hombre por dentro”. Cerca, en la niebla, un nuevo convoy va cargado con otros prisioneros.

Salvando distancias descomunales entre la desmesura, que no responde a una vanidad titánica, de la obra de Grossman y el trabajo que a continuación presentamos, se establece, sin embargo, las reglas de nuestros relatos: narraciones que se conectan, a veces por corte, a veces en zigzag, mostrando distintos ángulos de un hecho, situaciones antagónicas y también complementarias, todo conjugado con el aprendizaje de un oficio de quienes pueden adoptar, dificultosamente, es cierto, tanto la voz de un narrador omnisciente, diálogos no faltos de ironía, como camuflarse, por ejemplo, en la primera persona de un hijo menor que escribe un cuento sobre su hermano que no volverá a ver.

No hay tema que les sea ajeno a estas narraciones breves: el amor, el coraje, la traición, la soledad, la injusticia. Y, conectando siempre lo individual con lo colectivo este conjunto de relatos ahonda en la experiencia aberrante del genocidio y en las fisuras de un pueblo, el argentino, sometido a la persecución y la paranoia del terror de Estado.

3. Este colectivo de alumnos y docentes escribió *Destellos de la memoria* sabiendo que apenas es el borrador de un trabajo incompleto. Tras años de impunidad los acontecimientos devienen y son, gracias a

las palabras que vuelven a tratar de poner las cosas en su lugar y de una política de derechos humanos abordada como jamás debió dejar de ser: como una cuestión de Estado.

Si a lo largo del presente trabajo el lector respira un aire de desencanto, no lo contrariaremos; pero también permítanos exhalar una esperanza chejoviana: en que el país puede ser un lugar mejor si los hombres miran como viven.

Sabemos que recién terminamos con el primer párrafo de un trabajo mayor. Los cuentos que aquí se entregan, jamás nos pertenecieron. Son presentados de acuerdo a la oportunidad que se nos da, en el encuentro de Jóvenes y Memoria, en Chapalmalal. *Destellos de la Memoria* es leído por primera vez en la ciudad de Mar del Plata en 2010. Y eso también quiere significar algo.

El colectivo de alumnos y docentes

Primera parte

*“Yo quiero seguir jugando
a lo perdido...”*

*Hay que sacarse la rabia del cuerpo
Arrancársela del pellejo y de los huesos
Hay que transformarla en arma de victoria
En lanza inclemente contra la mentira
En adarga humana frente a la injusticia*

*Que tu vocablo no vacile en la denuncia
Y tu alarido ahuyente a los cobardes
Basta ya de murmullos
Basta ya de usar eufemismos
Sino te escuchan,
¡Grita!
Y si el grito es acallado
Que tu hijo o tu nieto tomen el megáfono
Tú también fuiste semilla y ya has engendrado (...)¹*

Rossana Cárcamo
30 de agosto de 2009, Bélgica.

“Nos quisieron callar pero no pudieron”.

Graciela Changazzo

1 Fragmento del poema publicado en <http://bitcoradecartas.blogspot.com/> por Rosana Cárcamo chilena y vive en Bélgica. Es la mamá de Camilo, enfermera en la unidad de cuidados paliativos y Licenciada en lengua y literatura francesa (U. de Chile).

El día 27 de septiembre nos dirigimos hacia la casa del Encuentro por la Memoria del Desaparecido situada en la calle 150 N° 1068 a realizar una entrevista para comenzar con nuestro proyecto. Allí nos esperaban varias personas. Nosotros nos ubicamos en un cuarto con dos señoras dispuestas a contarnos la historia de lo que vivieron y a contestar nuestras preguntas los demás hicieron lo mismo. Escuchamos testimonios muy impactantes.

El primer testimonio que escuchamos fue el de Graciela Changazzo, hija del señor Francisco José Changazzo de 55 años (desaparecido), y hermana de José Ademar Changazzo de 28 años (desaparecido) y de Oscar Rodolfo Changazzo de 25 años (desaparecido).²



Francisco Changazzo

José Ademar
Changazzo

Oscar Changazzo

Ellos vivían en La Plata. Era una familia humilde. Nos describe la época con mucha exaltación: fue muy trágica y dura, de mucha hambre y miseria, en una pa-

² Ver detalle de cada situación en la reseña de las desapariciones en la familia Changazzo en página 22.

labra, “horrible”. A su vez cuenta que en ese tiempo te paraban por cualquier cosa (los militares) y se metían en las casas de las personas y en algunos casos los torturaban en otros casos no. Cuando le preguntábamos por su padre sus ojos estaban llenos de brillo, su voz temblaba, tocaba sus manos se reía nerviosa y hablaba con orgullo de él. Francisco Changazzo era del partido comunista, militaba desde los 17 años, ella nos cuenta que su padre le contó que lo llevo a la militancia el hambre y la educación de los chicos; fue un militante comprometido. Ella cree que por este motivo lo desaparecieron, ya que la dictadura tuvo en la mira a: los Montoneros, ERP, PCML, todo lo que fuera de izquierda y de lucha por lo social. Opina muy personalmente que los dirigentes sindicales fueron cómplices y tuvieron mucho que ver en la dictadura y las desapariciones.

Cuenta con mucho dolor que tres veces los militares entraron a su casa. La primera vez no les hicieron nada, pero la segunda vez les robaron todo lo que había de valor en la casa y la tercera vez, entre lágrimas y con la voz temblando, cuenta que los torturaron a todos, incluso a su hermanito de 5 años, y abuzaron de ella delante de sus padres, luego de pronunciar estas palabras (queda en silencio al tener tanto dolor guardado y rompe en llanto).

Nosotros le preguntamos ¿qué sentía al encontrar a algún desaparecido? Con tristeza, dolor, y alegría a la vez, se pregunta ¿qué se siente? En el 2006 encontró a un hermano y sintió alegría al encontrar concretada la lucha de uno mismo y una inmensa tristeza al encontrarse con nada.

Dice que su hermano en esa época tenía 5 años. Hoy en día está loco por todo lo que pasaron y su madre parece como que nunca le pasó nada ni a ella ni a ningún integrante de la familia *“No reacciona que perdió dos hijos y a su marido”*, expresa Graciela desconcertada.

Hoy en día define su lucha política con la palabra “LIBERTAD” y hoy más que nunca sus ideales de liberación siguen en pie. No le da miedo nada a pesar de que dejaron huellas muy profundas en su vida, a pesar de que le arrebataron su niñez de las manos y a pesar de todo el dolor que le provocaron. Siente que ya no le va a pasar nada más después de lo que pasó y dice *“Más que me tiren un tiro en la frente...y no creo que se animen; nos quisieron callar y no pudieron”*

Hoy en día si tuviera enfrente a los que provocaron todo esto nos decía que lo único que haría sería preguntarles: *“¿Por qué? ¿Por qué? ¿Con qué fin lo hicieron?”*

No tienen ningún rencor porque sabe que algunos no eran conscientes de lo que hacían, hoy en día ella ve cambios en las fuerzas (policías, gendarmes, militares, etc.). Su hijo perteneció tres años a la policía y se dió cuenta que no era para él. Ella nos comenta que varios militares murieron fusilados por sus propios compañeros al no querer cumplir con las órdenes de su superior. Dice que varios militares se rehusaban a entrar a las casas y a torturar a la gente y esto les costó su vida.

Gracias a todo esto que escuchamos nos dimos cuenta que ellos no buscan venganza sino igualdad. Ella reconoce que su padre y sus hermanos estaban profundamente sumergidos en la militancia y en ese momento se consideraba andar en la mala, pero te-

nían derecho a la vida, los militares no eran quienes para arrebatarles la vida. No tienen rencor; sólo mucho dolor.

Luego de toda la entrevista le pedimos que nos de una reflexión de todo esto y nos dijo:

“Estoy muy contenta de que los jóvenes quieran saber lo que pasó en el país y en particular me da mucha fuerza para seguir”.

Ver artículos: “Mar del Plata: Identifican a desaparecidos enterrados en 1977”. www.ahorainfo.com - “Identifican restos de dos desaparecidos a manos de la dictadura”.

Reseña de las desapariciones de la familia Changazzo

La familia Changazzo provenía de Trenque Lauquen. Francisco José Changazzo (o Don Pedro), el padre, militaba en el partido comunista y había tenido actividades sindicales por muchos años, razón por las cuales había sido detenido varias veces. Por esta razón se habían ido de Trenque Lauquen y en ese momento vivían en Ramos Mejía. Oscar no tenía militancia.

El 21 de septiembre de 1977, José Adhemar Changazzo Riquiflor, el hijo mayor de Francisco, fue detenido-desaparecido de su trabajo en Mar del Plata. José tenía 28 años. Estaba casado y con Silvia, la cual estaba embarazada de una nena, Mariana Alicia, quien nació luego de su secuestro. José militaba en el partido comunista.



Fue visto en el C.C.D. Base Naval de Mar del Plata.

El 23 de noviembre de ese mismo año apareció en los diarios una noticia de que había muerto en un enfrentamiento junto a otros compañeros de militancia,

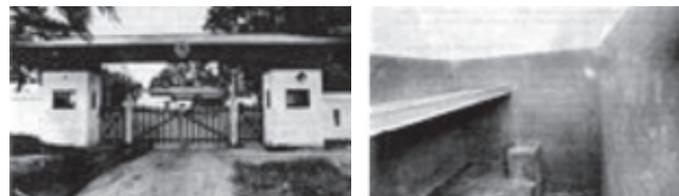
Eduardo Caballero y Saturnino Ianni. Los cuerpos se encontraban en las cercanías del barrio La Florida, sobre la Ruta 2, a la salida de Mar del Plata. Los cuerpos estaban acribillados a balazos y según los vecinos no se escucharon estampidos de armas de fuego.

El cuerpo de José no fue reclamado, por temor de parte de la familia, y fue enterrado junto al de sus compañeros en el cementerio Parque de Mar del Plata como NN. Sus restos fueron finalmente identificados en el 2007.

El padre y el hermano de José fueron detenidos-desaparecidos poco después de su secuestro y permanecen desaparecidos.

Francisco y Oscar desaparecieron el 26 de enero de 1978. Un grupo armado, perteneciente al Grupo de Tareas 3 de la Armada, los hizo bajar de un Citroën cuando llegaban al trabajo, los metieron en otro auto y se los llevaron. Tiempo después, desaparecieron todos los compañeros de la construcción que trabajaban con los Changazzo. El departamento de Francisco y su mujer fue completamente saqueado.

Oscar y Francisco estuvieron secuestrados en el Centro Clandestino de Detención "El Banco" (ubicado en Autopista Ricchieri y Camino de Cintura), donde fueron vistos por Mario Villani y Jorge Casali.



Fuente: <http://www.desaparecidos.org/arg/victimas/ch/changazzof/>

Mar del Plata: Identifican a desaparecidos enterrados en 1977

Los restos estaban sepultados desde 1977 y pertenecen Eduardo Alberto Caballero y José Adhemar Changazzo, dos militantes del Partido Comunista. Ambos estuvieron detenidos ilegalmente y fueron fusilados de un balazo en la cabeza.

La subsecretaria de Derechos Humanos del gobierno bonaerense, Sara Derotier de Cobacho, anunció hoy que por primera vez se logró identificar a dos víctimas del terrorismo de estado que habían sido sepultados clandestinamente, como NN, en 1977, en el cementerio Parque de esta ciudad.

Se trata del primer caso de identificación de restos de víctimas del terrorismo de estado que reinó en la Argentina durante la última dictadura militar.

Derotier de Cobacho, junto a otros funcionarios de la dependencia provincial, formularon el anuncio este mediodía en la sede del Tribunal Oral Federal de Mar del Plata, donde desde hace años se lleva adelante el Juicio por la Verdad que procura esclarecer crímenes cometidos por el gobierno de facto. Los restos identificados pertenecieron a Eduardo Alberto Caballero y José Adhemar Changazzo, dos militantes del Partido Comunista, quienes fueron secuestrados y desaparecidos en septiembre de 1977 en esta ciudad.

Caballero, que era oriundo de la Plata, casado y padre de dos hijas, tenía 28 años cuando fue secuestrado de la casa de sus padres, en Mar del Plata, el 2 de septiembre de 1977.

Changazzo, quien nació en Trenque Lauquen fue secuestrado el 9 de septiembre de 1977 y detenido en Mar del Plata, aunque previamente estuvo viviendo en la ciudad de La Plata. Luego de permanecer como detenidos-desaparecidos en el centro clandestino que funcionaba en la Base Naval de Mar del Plata, el 17 de noviembre de 1977 fueron asesinados de un balazo en la cabeza, en un “enfrentamiento” fraguado, y un día después fueron enterrados en el cementerio Parque de esta ciudad como NN.

“Hoy vengo con una inmensa y muy sana alegría para poder decirles que a los restos encontrados y exhumados hace varios meses, les vamos a restituir los nombres de quienes fueron en vida militantes populares”, dijo la subsecretaria de Derechos Humanos.

El anuncio fue realizado en una audiencia presidida por los integrantes del Tribunal Oral Federal de Mar del Plata, Mario Portela, Roberto Falcone y Rubén Parra, en la que estuvieron además los abogados de las familias de los desaparecidos y representantes de Madres y de Hijos.

No estuvieron familiares de las víctimas identificadas, aunque el abogado de la familia Changazzo, César Sivo, dijo que desde La Plata, Graciela Changazzo, hermana del militante, le manifestó su alegría porque “el 22 de julio mi hermano cumplía años” y el mejor regalo que podía hacerle era ir a saludarlo al lugar donde reposan sus restos.

Al hablar en la audiencia, Derotier de Cobacho afirmó que, con la identificación de esos restos, “hoy podemos decir que el Estado de Derecho está quere-

lando al Estado Terrorista”. Los integrantes del organismo bonaerense destacaron que “sin la realización del Juicio por la Verdad y de los funcionarios judiciales que lo llevaron adelante, no hubiese sido posible” esta identificación.

También destacaron que “si no hubiera una política de estado como la que por fin hay (en materia de Derechos Humanos), esto no podría haberse realizado”.

A partir del hallazgo del denominado “corpus críminis” o “cuerpo del delito” se podrá formalizar una investigación penal que determine quién o quiénes son los culpables de estos asesinatos, por lo que la información obtenida será girada de inmediato a la Justicia Federal.

La individualización, con nombre y apellido, de Caballero y Changazzo, se logró mediante el cruce de datos obtenidos de los registros del Cementerio Parque y de certificados de defunción, además de diversos testimonios.

Posteriormente, ante la presunción de identidad, se realizaron estudios de ADN con familiares de los desaparecidos que confirmaron a quiénes pertenecían los restos. Al respecto, la Subsecretaría de Derechos Humanos exhortó a familiares de desaparecidos a que se acerquen al organismo para aportar información que permitiera identificar a las víctimas del terrorismo de estado.

Fuente: <http://ahorainfo.com.ar/2007/07/mar-del-plata-identifican-a-desaparecidos-enterrados-en-1977/>

Identifican restos de dos desaparecidos a manos de la dictadura argentina

Expertos en antropología forense de Argentina lograron identificar los restos de dos desaparecidos durante la última dictadura militar (1976-1983) que habían sido sepultados como 'NN' (sin nombre), informaron hoy fuentes oficiales. Un comunicado de la Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires señaló que los restos fueron inhumados de manera clandestina en la ciudad de Mar del Plata y corresponden a Eduardo Alberto Caballero y José Adhemar Changazzo.

La identificación fue producto de un trabajo de investigación desarrollado conjuntamente por la Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Buenos Aires y el Equipo Argentino de Antropología Forense.

En 2005 el Equipo Argentino de Antropología Forense había identificado los restos de dos desaparecidas, la religiosa francesa Leonie Duquet y Azucena Villafior, fundadora de las Madres de Plaza de Mayo.

Según cifras oficiales, unas 18.000 personas desaparecieron durante el último régimen militar argentino, aunque los grupos humanitarios elevan esa cifra a 30.000.

<http://www.antropologicas.com/ES1-articulos/ES6-antropologia-fisica.htm>

*“Y se lo llevaron (...) solamente con la
idea de que tenía ideales y
hablaba de política”.*

Elvira Sánchez

“Mi hermano era de La Juventud Peronista. Él estudiaba, era atleta, escribía, dibujaba y siempre se la arregló solo, nunca le pidió nada a nadie, por eso realmente lo admiro, porque llego a ser lo que quiso solo.”



Nos cuenta que Miguel era simpático, ella describe su recuerdo de él como bonachón, fachero, que siempre usaba camisas. Camisas que luego de su partida no volvieron a salir del placar durante 10 años porque su madre pensaba que estaba detenido y que en algún momento Miguel volvería.

“El último día que lo ví, fue el 27 de diciembre de 1977. Yo esta-

ba bañándome y me gritó “Chau petisa” y algo me dijo que lo tenía que ir a saludar. Entonces me puse la bata, salí corriendo y le dí un beso. Ese fue el último día, en el pasillo. Ese día le saqué la última foto con ese bello traje (ahora enmarcado en mi casa).”

Miguel, el menor de diez hermanos, vino a Buenos Aires porque quería crecer como persona, trabajando en el Banco Provincia de Berazategui y luego pasó a la central del Banco Provincia en Capital; hoy figura entre sus 27 desaparecidos. La noche del 8 de enero de 1978 se lo llevaron. Entraron seis u ocho personas a la madrugada en su casa... “El perro enloquecía, ellos preguntaban por Miguel Ángel, el era Miguel Benancio. De repente sonó el despertador que había puesto mi hermana para ir a trabajar (...), tiraron todos los libros,

dejando solamente “El principito”, también en el acolchado celeste, la bandera Argentina de mi hermano”, cuenta que sólo robaron el despertador. A Miguel se lo llevaron en ropa de Jogging, solamente porque creían que tenía ideales y temían que hablara de política. “Mi mamá le pidió dar el último beso y no la dejaron”.

Elvira nos cuenta cómo una vecina dijo que los vio cuando se lo llevaron con una venda en los ojos hasta el Ford Falcon que se encontraba cruzando la vía a media cuadra. Su madre quedó con el corazón roto al ver cómo le arrebataban a su hijo, nos dice con tristeza. Ella cuenta cómo a al día siguiente tuvo la necesidad de caminar costeando la vía, sucesivamente, viendo si dejaron un rastro y... nada. Así se mantuvo durante varios días.

“Lamentablemente no conseguían información sobre Miguelito (así le decían). Sólo tenías la respuesta “no tenemos, ni existen informes de esa persona”. Su abogado, Daniel Pereyra, una gran persona según Elvira, ya los ayudaba sabiendo que corría riesgo, por eso cada noche dormía en un lugar distinto.

Por este motivo nos dice que cuando aparece un desaparecido siente que están llegando poco a poco a la justicia.



Hoy en día en Berazategui, y en muchos otros distritos, se realizan carreras en conmemoración de este atleta desaparecido por la dictadura militar de la década de 1970.

Fuente:http://secundariasberazategui.blogspot.com/2010_03_01_archive.html . Ver Homenaje del Banco Provincia a Miguel Sánchez Ver artículo periodístico “Miguel Sánchez, el atleta que nunca dejó de correr”. www.elpais.com



Elvira Sánchez, hermana de Miguel, en una de las carreras de Miguel
Fuente: elgrancampeon.blogspot.com


 Banco de la Provincia de Buenos Aires

MIGUEL BENANCIO SÁNCHEZ SANTILLAN

21.625



Trabajador nacido el 6 de noviembre de 1952 en la localidad de Bella Vista de la Provincia de Tucumán, que ingresó al Banco el 24/ago/74 y se desempeñaba como Ordenante de la Rama de Dependencia de la Gerencia de Asuntos Contenciosos en Casa Central ubicada en la Ciudad de Buenos Aires.

De 25 años de edad al momento de su secuestro ocurrido el 8 de enero de 1978, en presencia de su familia fue llevado de su domicilio ubicado en la localidad de Berazategui, a su regreso de una gira deportiva en la cual representaba al Club Banco Provincia Vicente López en las maratones de San Silvestre en Brasil y en la prueba de San Fernando en Uruguay; la medida dispuesta por Acta de Resolución de Dirección N° 3834/79 con fecha 17/Julio/79 basada en "Abandono de tareas" por "Inasistencia injustificada" fue una acción sin sanción que derivó la "Extinción de la relación de empleo".

Por Acta de Resolución N° 3100/04 de fecha 22/diciembre/2004, el Directorio cambió su encuadre administrativo legal declarando que la causa que motiva su desvinculación laboral de la Institución fue su situación de "desaparición forzada de persona".

Fondo Documental de la Memoria de la
Coordinación de Derechos Humanos
cdh@bpa.com.ar




 Banco de la Provincia de Buenos Aires

MIGUEL BENANCIO SANCHEZ

EXTRAIDO DEL ACTO EN SU HOMENAJE REALIZADO EL 12 DE NOVIEMBRE DE 2008 EN LA SALA DE CONFERENCIAS DE CASA CENTRAL.

Miguel nació el 6 de noviembre de 1952, se crió en Bella Vista, un pueblito de Tucumán, junto a su madre siendo el menor de 10 hermanos y con 18 años decidió venir solo a probar suerte a Buenos Aires.

Ingresó a la Sucursal Berazategui del Banco en agosto del 74, donde se desempeñó como ordenanza, siendo trasladado poco tiempo después a la Gerencia de Asuntos Contenciosos en Casa Central.

Además de su dedicación al deporte, que lo llevó a destacarse como corredor de fondo y maratonista de nivel internacional, estudiaba como entrenador de atletismo con el objetivo de transmitirle su pasión por el deporte a los pibes de los barrios más pobres en donde desplegaba su accionar de militante de base de la Juventud Peronista.

Fue secuestrado por un grupo de tareas en la madrugada del día 8 de enero del 78 en su domicilio de Villa España en Berazategui, días después de su regreso de una gira deportiva en la que representara al Club Banco Provincia Vicente López en las prestigiosas pruebas de San Silvestre en Brasil y de San Fernando en Uruguay.

Su sueño era conocer atletas de todo el mundo.

Cuando desapareció tenía 25 años.

Hoy continúa desaparecido.

EXTRAIDO DEL TESTIMONIO DE SU HERMANA ELVIRA SANCHEZ

Su pasión indudablemente era el deporte, aunque no sólo se ocupaba de su carrera deportiva, lo que le exigía una tarea de autosuperación constante, sino que como militante de la JP de la Unidad Básica de Villa España de Berazategui, solidario y comprometido con su entorno, también aprovechaba cada oportunidad para prepararse como entrenador de atletismo con la finalidad de enseñar, ayudar y alentar a otros atletas, lo que deja plasmado en sus poesías.

Como buena docente, Elvira corregía sus escritos y ante sus correcciones, Miguel le escribió en un papelito que ella lleva consigo cuidadosamente plastificado, lo siguiente:

**"Las faltas de ortografía no están en mis sentimientos,
carece de espíritu aquel que escribe sin sentir".**

Fondo Documental de la Memoria de la
Coordinación de Derechos Humanos
cdh@bpa.com.ar



Banco de la Provincia de Buenos Aires

Elvira recuerda que después de su secuestro, su familia concentró todos sus esfuerzos en intentar establecer su paradero, accionar que fuera acompañado desde su inicio por el Dr. Daniel Pereyra - abogado del Banco actualmente jubilado - , de la misma manera que entrenaron juntos para el Club Banco Provincia de Vicente Lopez.

Carlos Ilandó, quien divide su actividad laboral entre el banco y su profesión de periodista deportivo, acompaña a la familia evocando en cada ocasión que puede la memoria de Miguel.



ORIGEN DE LA CARRERA DE MIGUEL

Al cumplirse 20 años de la desaparición de Miguel Benancio Sánchez, dos periodistas del diario Clarín, Víctor Pochat y Ariel Scher, reflejaron su historia.

En Europa, a iniciativa de Valerio Piccioni, periodista italiano de La Gazzetta dello Sport, desde el año 2000 se disputa anualmente en Roma- Italia la carrera de Miguel con una única premisa: "No al olvido."

En el 2001 se realizó por primera vez en la Ciudad de Buenos Aires-Argentina, siendo organizada por entonces por la Secretaría de Deportes de la Nación, actualmente a cargo de la Dirección de Deportes del Gobierno de la Ciudad, con el apoyo de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación.

A partir del 2005, a iniciativa de una Comisión conformada por docente de la Escuela de Educación Media Nº 7 de Villa España - Berazategui, en la que su hermana Elvira Sánchez ejerce su docencia, surgió una nueva versión de la Carrera de Miguel en el barrio en el que él vivió hasta el día que fuera secuestrado, que fuera declarada de Interés Provincial por la Secretaría de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires.

PARTICIPACIÓN OFICIAL DEL BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

El Banco de la Provincia de Buenos Aires participa oficialmente de la Carrera de Miguel, en el marco de las acciones de reparación posible iniciadas a partir de la declaración del 22/diciembre/2004 en la que el Directorio expresó que la causa que motivó su desvinculación laboral de la Institución, respondió a su situación de Desaparición forzada de persona, clarificando así, la condición de 26 hoy 27 empleados, siendo que fue documentado un nuevo caso que con fecha 5/junio/2008, el Directorio resolvió incluir en la nómina de trabajadores detenidos desaparecidos durante la última dictadura cívico militar; incorporándonos desde el año 2005 en la 4º edición de la Ciudad de Buenos Aires y estando presente desde la 1º edición de la maratón de Villa España en Berazategui.



Banco de la Provincia de Buenos Aires

En el 2007, por ser el 6 de noviembre una fecha signada por la recordación del natalicio de Miguel y por la celebración del DÍA DEL TRABAJADOR BANCARIO que fuera consagrado por el Convenio Colectivo 18/75, el sábado 10 tuvo lugar la 1º versión interna que conjuntamente con el Club Banco Provincia La Plata de City Bell, la Comisión Ad Hoc para Discapacitados, la Comisión de Veteranos de la Guerra de Malvinas y la Coordinación de Derechos Humanos organizáramos en conmemoración de nuestras conquistas, en homenaje a Miguel y en su nombre a nuestros 27 compañeros, a los más de 200 bancarios y a los 30.000 ciudadanos desaparecidos durante la última dictadura cívico militar en nuestro país.

SIGNIFICADO DE LA CARRERA DE MIGUEL

La carrera de Miguel es una prueba atlética que supera su significado deportivo, es una herramienta de comunicación que acerca a las personas llevando un mensaje de concientización colectiva que nos une en defensa de la vida y de la dignidad y por el derecho a la verdad y a la justicia para alcanzar la paz.

Inclusiva por naturaleza, la Carrera de MIGUEL en cada lugar toma la forma de un proyecto social único que comprende a todos, y actualmente transita las calles de Roma, Ciudad de Buenos Aires, Berazategui y La Plata, además de La Pampa, Tucumán, Bariloche, Necochea, Cuba, también se corrió en María Teresa, un pueblito de Santa Fe; en Resistencia - Chaco, en Mar del Plata, además de Ibiza y más recientemente en Barcelona - España, siendo algunas de ellas presentadas en esta ocasión gracias al material cedido por Elvira Sánchez.

Su convocatoria es cada vez más masiva, año a año se organizan nuevas ediciones y de un año a otro se multiplica la cantidad de participantes, se incorporan nuevas versiones, que globalización mediante, se difunden sin límite recorriendo distintas geografías, se trata de miles de personas movilizadas por el deporte y todas motivadas por resistir al olvido y al silencio.

La carrera de MIGUEL es un acto de libertad que se transforma en una contribución a la memoria colectiva al brindar las bases para un proceso de identificación, dejando abierta la posibilidad de que quienes lo reciben le den su propio sentido, reinterpreten, resignifiquen, multipliquen las memorias, actualicen las preguntas y el debate de lo vivido en el pasado reciente, comprometiendo al conjunto en la construcción de una sociedad más justa y humana.

A 30 años de su ausencia, Miguel está más presente que nunca en los espacios que él más quería: en su casa, en su barrio, en su trabajo, en el deporte como también en las calles, en los sueños y proyectos de los que creemos que aún podemos hacer algo por una realidad más justa.

Su entidad nos trasciende a todos transmitiéndonos el espíritu deportivo de quien hizo un culto en su vida de la autosuperación constante, demostrándonos, a su vez, que esta actitud no se contraponen con el ser solidario.

Solo quien comprende su significado puede estar dispuesto a ponerse la camiseta de Miguel para decir "presente" en cada oportunidad por Memoria, Verdad y Justicia para Miguel, para nuestros 27 compañeros, para los más de 200 bancarios y para los 30.000 ciudadanos desaparecidos de nuestro país.



Banco de la Provincia de Buenos Aires
**IMÁGENES RECOPIADAS DEL VIDEO "PARA VOS ATLETA" Y DE LA MUESTRA
 EXHIBIDA EN OPORTUNIDAD DEL ACTO EN SU HOMENAJE**



Fondo Documental de la Memoria de la
 Coordinación de Derechos Humanos
 cdh@bpa.com.ar



Banco de la Provincia de Buenos Aires
Carrera de MIGUEL



Fondo Documental de la Memoria de la
 Coordinación de Derechos Humanos
 cdh@bpa.com.ar



Banco de la Provincia de Buenos Aires

1a Carrera de MIGUEL
Carrera para el día del trabajador

2da Carrera de MIGUEL
Carrera para el día del estudiante

3ra Carrera de MIGUEL
Carrera para el día del docente

LA CARRERA DE MIGUEL 07
Carrera para el día del trabajador

LA CARRERA DE MIGUEL 08
Carrera para el día del estudiante

LA CARRERA DE MIGUEL 09
Carrera para el día del docente

Celebramos el DÍA DEL TRABAJADOR BANCARIO y el CUMPLE DE MIGUEL
carrera para no olvidarnos de él, de los 27 ... de los 30.000
Por Memoria, Verdad y Justicia.

1a Carrera de MIGUEL
10 noviembre 2007/16 hs.
Carrera 6,5 km
Correcaminata 2,5 km
Inscripción Gratita

Organizan:
Banco Provincia
Comando en Jefe de la Policía
Comando en Jefe de la Gendarmería
Comando en Jefe de la Prefectura

Participa:
Comando en Jefe de la Policía
Comando en Jefe de la Gendarmería
Comando en Jefe de la Prefectura

Auspicio:
Banco Provincia

LA CARRERA DE MIGUEL
24 marzo 1976
NUNCA MAS

Fondo Documental de la Memoria de la Coordinación de Derechos Humanos
cdh@bpba.com.ar



Banco de la Provincia de Buenos Aires

Carrera de MIGUEL BENANCIO SANCHEZ

Para vos Atleta

Para vos atleta para vos que sabes del frío, de calor, de triunfos y derrotas. Para vos que tenés el cuerpo sano, el alma ancha y el corazón grande. Para vos que tenés muchos amigos, muchos anhelos, la alegría adulta y la sonrisa de los niños. Para vos que no sabés de hielos ni de soles, de lluvia ni de rencores. Para vos, atleta que recorriste pueblos y ciudades uniendo Estados con tu andar. Para vos, atleta que desprecias la guerra y ansias la paz.



Miguel Sanchez

FONDO DOCUMENTAL DE LA MEMORIA
COORDINACIÓN DE DERECHOS HUMANOS

Miguel Sánchez, el atleta que nunca dejó de correr. Dos carreras populares rinden homenaje en la Argentina a un joven desaparecido en la dictadura militar.

Alejandro Wall - Buenos Aires - 10/04/2010.

A Miguel Sánchez, como a tantos, se lo llevaron de madrugada. Habían pasado tres horas del ocho de enero de 1978 cuando un comando del Ejército argentino entró en la casa de la calle San Martín 176 del barrio Villa España, en Berazategui, el sur bonaerense. Ni siquiera permitieron que le diera un beso a su madre. Le ordenaron vestirse con un conjunto de gimnasia y lo arrancaron. Dejaron los libros de la biblioteca revueltos en el suelo, cincuenta trofeos, treinta y seis medallas, y un perro que del susto y los culatazos no ladró durante dos años. Miguel era atleta, poeta y militante peronista. Desde esa madrugada, se convirtió en un desaparecido.

Secuestrado por la dictadura, sin embargo, cada tanto reaparece. Lo hace en su carrera, la Carrera de Miguel, que se desparrama cada marzo, desde hace nueve años, por las calles de Buenos Aires. Se trata de una prueba atlética de diez kilómetros y una marcha aeróbica de tres. Su idioma original es el italiano: la Corsa de Miguel. Roma fue la cuna. El partero se llamó Valerio Piccioni, un periodista de la Gazzeta dello Sport. Y fue nacer para expandirse en Argentina y en el mundo. En Tucumán, en Berazategui, en Bariloche y alguna vez, también en Barcelona, Miami y La Habana.

Elvira es la hermana de Miguel. Tiene el pelo rojizo,

la cara flaca apenas arrugada, y una voz dulcemente aguardentosa. Es una mujer baja que, de pronto, se hace enorme. Las venas de sus manos huesudas se inflaman cuando, subida a un escenario, dice: “Esta es la Carrera de Miguel y de los 30.000 desaparecidos”. A sus espaldas, el Río de la Plata. Frente a sus ojos, miles de cuerpos transpirados. Es el sudor de la memoria cayendo a chorros.

El mes pasado, a 34 años del golpe militar, se organizaron dos carreras con una semana de diferencia. Una se corrió en Vicente López, zona norte del Gran Buenos Aires. La otra se realizó en la Ciudad. La razón de la duplicación es que el Gobierno argentino decidió quitarle el apoyo a la Administración porteña. Según el secretario de Deportes, Claudio Morresi, las acciones del alcalde Mauricio Macri “demuestran una clara oposición a la política de Verdad y Justicia”.

Elvira, en la segunda, estuvo ausente. Se encontraba en un homenaje en Bariloche. Entonces, dejó el cierre del acto en la boca de Martín Sharples, un atleta discapacitado y militante por los derechos humanos. “Macri representa todo lo contrario de los sueños de Miguel”, grito Martín. La Poderosa, una organización que trabaja con el deporte en las barriadas populares, explicó eso mismo con pancartas: “Miguel quería combatir la pobreza, no trasladarla”.

10 kilómetros por los derechos humanos

Valerio Piccioni, el ideólogo de la carrera, cree que la prueba intenta generar, además de conciencia en los derechos humanos, una identidad del deporte relacio-

nada con lo lúdico. También guarda un mensaje para Europa: “Allí tenemos problemas de racismo y la idea de la carrera es mezclar nacionalidades, razas y etnias”.

Ese espíritu, dice Valerio, vió en Miguel, nacido el 6 de noviembre de 1952 como el menor de diez hermanos. Tucumano de Bella Vista, a los diecisiete años se mudó a Berazategui, donde armó su vida: jugaba al fútbol en Gimnasia y Esgrima La Plata y trabajaba como empleado bancario. Sus compañeros le decían “Correcaminos”. A esa velocidad, un día abandonó la pelota por las pruebas de fondo.

“Amaba tanto la vida que no desperdiciaba un minuto: para el deporte, para el trabajo, para leer” recuerda Elvira, una maestra que se enorgullece porque existe la propuesta de que una escuela lleve el nombre de su hermano.

Miguel participó tres años seguidos de la Carrera de San Silvestre, una prueba tradicional que cierra el año por las calles de São Paulo. Él competía, pero se conformaba con conocer a los pueblos a través de hombres como el fondista italiano Franco Fava. En sus ratos libres escribió un diario personal. Y hasta publicó un poema, Para vos, atleta, en La Gazeta de São Paulo: “Para vos, atleta/que desprecias la guerra y ansías la paz”. Ya militaba en la Juventud Peronista.

“Chau, petisa” se despidió Miguel de su hermana antes de viajar a São Paulo, el 7 de diciembre de 1977, para su última San Silvestre.

“Algo me dijo que tenía que besarlo”, recuerda ahora Elvira. Y lo vió irse. Días después de su regreso al país, Miguel cayó en la redada. Tenía 25 años. De su destino, sólo existe el testimonio de un ex detenido

del centro clandestino El Vesubio: allí, contó, había un hombre que venía de correr en Brasil. Más de 30 deportistas, según una investigación del periodista Gustavo Veiga, están desaparecidos.

Hace 12 años Miguel era sólo diez líneas del libro El terror y la gloria, algunos recortes del diario Crónica y un artículo en el diario Clarín. Piccioni lo descubrió durante su primer viaje por Buenos Aires. Se fue a Italia, pero regresó un año después para recuperar a Miguel. Entonces se ingenió la carrera. Se lo contó a Elvira, una tarde, en Tucumán. Y aquí está. Ahora Miguel es miles corriendo. Cada año, en cualquier lugar.

Fuente: http://www.elpais.com/articulo/internacional/Miguel/Sanchez/atleta/dejo/correr/elpeuint/20100410elpeuint_2/Tes

“(...) los militantes son personas que participan, convocan, organizan, que la pelean (...) por eso hoy en día yo milito”.

Alicia Pereyra

Vecino muerto en la última dictadura *“Su nombre era Pereyra Rodolfo, era gendarme y en ese momento estaba retirado (...) era peronista”*.



Fomentista y autonomista, miembro de la Junta Promotora del Partido Peronista Auténtico de Berazategui. Fue asesinado el 11 de febrero de 1977 en su domicilio de Villa España.

El vivió en Villa España en la calle 151 y 31, dónde inició una unidad básica con ayuda de sus vecinos. Fue elegido entre sus compañeros como el dirigente de esta unidad, no sólo porque las reuniones fueran en sus casas sino porque era una persona solidaria y ejemplar, que se preocupaba por los demás.

Un día Rodolfo organizó un asado entre sus vecinos y compañeros donde terminaron siendo 300 personas. Todos estaban interesados en la política, hacían debates y compartían sus ideas políticas. A los pocos días que se organizó este encuentro, el 13 de febrero de 1977, Rodolfo estaba viviendo sus 54 años sentando en su hogar junto a sus familiares (entre ellos sus hermanos y su esposa) cuando en mitad de la noche golpearon en su puerta... habían llegado personas en tres autos verdes Ford-Falcon quienes preguntaron por Rodolfo Pereyra. Cuando salió a recibirlos... fue ametrallado. Rápidamente sus familiares llamaron a emergencias, pero cuando la ambulancia lo llevaba hacia el hospital... murió.

Entre 2000 y 2001, la calle donde el vivió (151 y 31) fue llamada Rodolfo Pereyra en homenaje al *“vecino muerto en la última dictadura”*.

“Para mí la lucha política de mi abuelo (...) fue una militancia (...) porque para mí los militantes son personas que participan, convocan, organizan, que la pelean (...) por eso hoy en día yo milito, milito en un sector político, milito en “El Encuentro por la Memoria” que es un organismo independiente de lo político más allá de que uno viene con su propia ideología, no nos avasallamos, todos pensamos distinto, pero podemos juntarnos y organizarnos para poder seguir adelante con todos estos proyectos que hay hoy en día”.

Fuente: www.desaparecidos.org

*“(...) No le tengan miedo a la política,
la política es un cambio de ideas.
Siempre luchen por sus ideales (...)”*

Silvia Estigarria

“Yo no recuerdo mucho de cuando tenía 6 años, pero desde esa noche...”



Cuando se lo llevaron en mayo de 1977 ella tenía 6 años y él, su hermano Alejandro Estigarria, 19.

Silvia nos cuenta que eran cinco hermanos, los cuales dormían juntos en una habitación. Alejandro era militante político. *“Nunca supimos bien en qué*

militaba”, nos relata angustiada, *“según rumores, en la Juventud Guevarista; es casi una confirmación, pero no sabemos”*. En su casa no se sabía que él militaba, *“es más, mis padres eran Radicales”*, cuenta Silvia resaltando el contraste de ambas ideologías.

“Por lo que me cuentan y las fotos éramos muy unidos. Recuerdo esperarlo para jugar, cuando se lo llevaron”. Sus padres le decían a Silvia que Alejandro estaba haciendo Servicio Militar, pero ella veía que los demás volvían y Ale - como cariñosamente lo llamaba - no, pero le decían que como era bueno se quedaba. Hasta que a los 13 ó 14 años enfrenta a su padre y lo presiona para que le dijera *¿Qué pasó con Alejandro?... “Y mi viejo me contó un poco como eran las cosas”*.

Luego de la desaparición de Alejandro las cosas no volvieron a ser las mismas. *“Recuerdo que mi madre preparaba una torta para el Día de la Madre o para Navidad, cada fecha así. No ví sonreír a mis viejos hasta que nació su primer nieto. Las cosas de mi hermano*

no se movieron de su lugar por más de 10 años, luego, pasaron a cajas, yo me quedé con sus cosas personales”.

Alejandro tenía hobbies. Uno de ellos era la poesía; también le gustaba bailar, bailaba con su padre cuando él iba, *“era la alegría de la casa”*; era Scout, en otro de sus momentos libres. Silvia cuenta que era muy querido y en su colegio, el Politécnico de Berazategui, luego de transcurrido el tiempo hicieron un aula con su nombre y un monumento en homenaje a todos los estudiantes y profesores muertos y desaparecidos por la dictadura militar.



Homenaje a desaparecidos del Politécnico Berazategui.

Fuente: www.taringa.net

Ver artículo: *“Homenaje en el politécnico de Berazategui”*. www.pcr.org.ar

“Era un buen tipo, pero bueno ¿yo qué puedo decir?, sonríe. Se lo llevaron y no hubo oportunidad de nada más”.

Cuando se lo llevaron en mayo de 1977 estaban todos en la habitación, *“los golpes que daban para entrar parecían rozar mi oreja. Nos pusieron en la cama matrimonial con mi viejo. A mi viejo lo envolvieron en una frazada y lo ataron. La última imagen que tengo de mi hermano es cuando se ponía el pantalón para irse.”*

Nos cuenta que su padre mandó cartas a obispos, a militares, que recorrió cielo y tierra buscando a su hijo. *“Había un rumor que había una movilización en el Chaco y el se iba para allá, lo mandaban a cualquier lado; había amenazas tras amenazas, hasta que un día un cura le dice que la corte porque tenía cuatro hijos más, y mi viejo tuvo que parar.”*

Ya grande, cuenta cuando fue a la Comisión por la Memoria, porque ahí tenían registros y quería ver si había algo de Alejandro: *“Cuando la chica abre la carpeta, se le caen las lágrimas yo no entendía nada, para mí eran un montón de papeles. Ella dijo -¡Quién tiene estas pelotas!-, por todo lo que mi viejo se había movido. Yo no sabía que se había movido tanto, si sabía que se había movido, pero no hasta estos extremos.”*

“A mí lo que me interesa de todo esto es difundirlo por que siempre se habla de El Desaparecido y eso son familias destruidas, son tíos, padres, hermanos, abuelos, amigos (...)

(...)Una muerte es más fácil de asumir, en cambio esto no se termina nunca, porque no se sabe qué pasa.

No le tengan miedo a la política, la política es un cambio de ideas. Siempre luchen por sus ideales”.

Acto e inauguración del monumento por los desaparecidos. Homenaje en el Politécnico de Berazategui

El viernes 23 de noviembre se realizó el homenaje a los estudiantes detenidos desaparecidos en mayo de 1977 y a la docente secuestrada y asesinada en mayo de 1978.

En una emotiva jornada, ex compañeros, docentes, padres y familiares de los estudiantes y la docente desaparecidos por la dictadura violovidelistista, acompañados de todos los integrantes de la escuela: los actuales estudiantes, autoridades, docentes y auxiliares, rindieron cálido homenaje a Carlos Hugo Blanco, Carlos José San Martín, Alejandro Luis Estigarriá y Lucía Swica. También se hicieron presente delegaciones de estudiantes y docentes de otras escuelas medias, de centros de estudiantes y de los gremios docentes, de las Madres de Quilmes y otras organizaciones de derechos humanos entre ellas Liberpueblo, el PCR, la JCR, la CCC, la CEPA y otras organizaciones políticas, sindicales y sociales, las autoridades del Consejo Escolar y de la Municipalidad.

El pasado y el presente, más de 30 años de una lucha que con avances y retrocesos hoy se continúa dentro y fuera de la Escuela, se unieron en el reclamo por la aparición con vida de los 30.000 detenidos desaparecidos y de Jorge Julio López, así como del juicio y castigo a todos los asesinos y represores, contra la impunidad de

ayer y de hoy y por la amnistía a los 4.000 luchadores populares procesados. En nombre de los ex alumnos compañeros de los estudiantes desaparecidos habló el profesor Omar Hernández y por los docentes compañeros de Lucía Swica, la profesora Nora Russo.

Junto a la lectura de las decenas de adhesiones siguieron las palabras del Cuerpo de Delegados de los estudiantes del Politécnico, de las Madres de Plaza de Mayo de Quilmes, del Suteba Berazategui, de la madre de Carlos San Martín y del Intendente de la Municipalidad de Berazategui. Cerrando el acto, el director Ernesto Costa habló en reemplazo de Darío Perillo ausente por convalecencia posoperatoria reivindicando ese conjunto de docentes y alumnos que, sobreponiéndose al terror de la dictadura, arriesgando incluso la vida, acompañaron a los padres en el reclamo por la aparición con vida de los alumnos detenidos desaparecidos e hicieron de la defensa de la Escuela una trinchera de lucha fortalecidos por el ejemplo de las Madres y de tantos otros que los ayudaron en esos difíciles años, como el obispo Novak, de Quilmes. Luego de los agradecimientos a todos los que hicieron posible realizar el monumento de homenaje, a su autor Andrés Garavelli y demás artistas plásticos presentes, a los docentes y alumnos que trabajaron en su instalación, a las autoridades municipales y en particular a los obreros municipales que colaboraron además con cariño porque muchos de sus hijos también estudian o han estudiado allí, se procedió a inaugurar la “Pérgola de las sombras”, en

el predio que está a la entrada del Politécnico, bendecido por el cura Luis Farinello en reconocimiento a su labor de apoyo de entonces y de siempre a los luchadores populares.

Edición: 1194 / 2007-11-28
Fuente: <http://www.pcr.org.ar/nota/politica/homenaje-en-el-polit%C3%A9cnico-de-berazategui>

“No nos han vencido (...) esto recién empieza”.

Alcira Coley Robles

Nuestra segunda entrevistada es la señora Alcira Coley Robles esposa del señor Manuel Coley Robles de 42 años (desaparecido). Ellos se conocieron en Tucumán. Vivían en Quilmes. Juntos trabajaron de todo. El señor Coley Robles venía de la Guerra Civil Española, traía consigo las ideologías del anarquismo, pertenecía al partido P.C.R (Partido Comunista Revolucionario); fue muy peronista ya que Perón le había abierto las puertas del país. Para Coley, el presidente Perón era el mejor hasta que el 1° de mayo de 1974, cuando Perón insulta y discrimina a los Montoneros, Coley se desata de la mano de Perón, al tener la consigna de un país mejor.



Coley Robles, Manuel:
secuestrado el 27 de octubre de 1976 por un grupo de tareas que se identificó como "del Ejército". De la casa además, se llevaron diferentes objetos, así como un poco de dinero que tenían guardado en una Biblia. Al momento de su secuestro estaba cursando la secundaria para adultos en Quilmes. Sus compañeros y amigos le habían puesto diferentes apodos: "Topo", "el Español", "el Gallego", "Lombriz". Tenía 42 años

La señora Alcira nos cuenta que el señor Coley se involucró con la gente más pobre y necesitada de Argentina, que comía en las iglesias o comedores y dormía en las comisarías. También relata que la época fue monstruosa, horrible, ellos la pasaron muy mal, estaban días sin comer, no tenía luz ni gas, dormían en un colchón que lo ponían en el piso y su único entrete-

nimiento eran los crucigramas y era cuando estaban todos unidos. Dicen que esos eran sus momentos de felicidad al estar los cinco juntos, y una sonrisa se le esboza en la cara.



Los dos vivían de changas hasta que el señor Coley comenzó a trabajar en la fábrica Rigolleau y su hijo también. En 1976 lo tuvieron que operar de una hernia y el día 20 de marzo se reintegró a la fábrica ese día suspenden a la lista naranja. Ella participaba junto a su marido de las marchas pero con mucho miedo. Sonriendo dice: "no iba a dejar solo a mi marido, por eso luchaba con él". Pero nos resaltó que en ese momento ella no tenía ideología, sólo participaba para acompañarlo a él en todas las marchas ella estaba en pie con sus tres hijos junto a su marido. Alcira nos cuenta cómo en un momento ya tenía miedo de salir a

Fuente <http://maria.backupnet.com.ar/0373-663-Manuel+Coley+Robles>

la calle (porque no los dejaban reunirse), algo que hoy en día no logró superarlo del todo.

El 27 de octubre el señor Coley desaparece. Ella todavía recuerda ese día: *“sólo tenían tres huevos y una plantita de lechuga para comer, las cuales terminaron en el piso cuando los militares entraron”*. Estaba en una silla sentada llorando abrazada a sus hijos y los militares le apuntaban con un arma en la cabeza, cuando se lo estaban llevando, su hija corrió hacia él, uno de los militares la empujó con el arma y le ordenó que entre, *“Nena no salgas afuera que se te va la vida...”*, cuenta Alcira que le dijeron a su pequeña niña de 10 años. Su hija -ya fallecida- testigo de la desaparición de su padre, desde ese día lo dio por muerto; había perdido la esperanza de que su padre estuviera vivo. Empezó su estado de depresión, su enfermedad, entro cuatro veces en coma y lo único que quería era morir; decía que *“quería ir con su papá”*. Por otro lado, Alcira, desde el día en que se lo llevaron, no perdió la esperanza de que estuviera vivo. Lo buscó por todos lados. Nos cuenta que el señor Coley estuvo en “El Castillo” de Plátanos, pasó por “El Pozo” de Quilmes y por último terminó en San Justo.



Fuente: <http://www.ultimahora.com/notas>



El castillo, en Plátanos, fue demolido ilegalmente.



Equipo de Antropología Forense trabajando en el lugar del hallazgo.

El 5 de febrero del 2009 encontraron el cuerpo que identificaron como el de Coley, descubrieron que había muerto acribillado. Ese día recién lo dieron por muerto.

El 7 de ese mismo mes lo cremaron. En ese momento se dijo ella misma “Esto recién empieza”.

También ella opina que los dirigentes sindicales fueron cómplices de la dictadura.

Hoy en día lo que ella quiere es justicia por los que ya no están y por su marido. Define esa lucha política con las palabras “Paz y libertad”.

Al preguntarle qué sentía al encontrar a algún desaparecido nos dijo que sentía mucha emoción, alegría, era como volver a sentir todo de nuevo. Siente que a pesar de todo *“no nos han vencido”*. Hoy en día ve y siente que hay muchos cambios en el país.

Por último nos dice que sigamos adelante, que somos el futuro, que no nos dejemos detener.

“No se dejen robar la esperanza, estoy muy feliz con el proyecto que hacen y me asombra que siendo tan jóvenes sigan adelante con esto”.

Ver artículos: “Identifican los cadáveres de 120 desaparecidos de la dictadura argentina”.
Diario El mundo. España - “Forenses identifican restos de 120 desaparecidos de la dictadura argentina”. Última Hora.

Dictadura | Hallados en fosas comunes y cementerios del país

Identifican los cadáveres de 120 desaparecidos de la dictadura argentina



Madres de desaparecidos piden cárcel para los represores militares.
| Efe

*El hallazgo es resultado de una campaña de recolección de muestras genéticas.

*La investigación recibe la colaboración de varios países latinoamericanos.

*En agosto próximo se enviarán a los Estados Unidos 800 muestras de sangre para analizar.

Forenses argentinos identificaron los restos de 120 personas desaparecidas durante la última dictadura militar en el marco de una campaña latinoamericana de recolección de muestras genéticas, según confirmaron sus portavoces.

Se trata del total de restos identificados hasta ahora por el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) desde el lanzamiento en 2007 de la Iniciativa Latinoamericana para la Identificación de Personas

Desaparecidas, con el apoyo de organizaciones de Guatemala y Perú, y del Gobierno argentino.

Los restos fueron hallados en distintas fosas comunes y cementerios del país suramericano, según miembros del grupo forense, una ONG que ha trabajado en la identificación de personas asesinadas durante dictaduras o en hechos de violencia política en más de 30 países.

Algunos de los restos identificados hasta ahora corresponden a uruguayos desaparecidos a manos de paramilitares durante los llamados “años de plomo” de la dictadura argentina (1976-1983), apuntaron las fuentes sin precisar la cantidad.

Los portavoces indicaron, además, que en agosto próximo se enviarán a Estados Unidos 800 muestras de sangre de otros tantos familiares de desaparecidos durante la dictadura argentina para que sean analizadas en el laboratorio Bode Technology de Virginia.

Entre los identificados en estos años figura Manuel Coley Robles, el primer caso en el que se logró conocer el paradero de un español desaparecido en el régimen argentino.

Coley Robles desapareció en octubre de 1976 y sus restos permanecían enterrados en un cementerio de General Villegas, en las afueras de Buenos Aires, señaló el Equipo Argentino de Antropología Forense en diciembre pasado al divulgar el caso.

El equipo forense ya ha enviado 6.000 muestras de sangre de familiares de desaparecidos y de más de 600 esqueletos al laboratorio estadounidense Bode, uno de los que realizó trabajos vinculados al atentado contra las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001,

para cruzar datos genéticos que permitieran averiguar la identidad de los restos.

La iniciativa para la recogida de muestras de sangre también fue lanzada en España, Chile, Brasil y Uruguay, mientras que Suecia y Reino Unido pidieron enviar análisis de allegados a secuestrados durante la dictadura de Argentina, que causó la desaparición de unas 30.000 personas.

Igualmente, se extendió a otras fronteras porque decenas de desaparecidos en Argentina procedían de diferentes países, en los que el equipo también ha trabajado en distintas misiones.

La campaña se puso en marcha después de que el Congreso estadounidense le otorgara al grupo forense argentino un presupuesto de 1,4 millones de dólares, lo que le permitió hacer estudios genéticos masivos, crear su laboratorio de genética en la provincia argentina de Córdoba, continuar con la exhumación de cuerpos y formar el primer banco de muestras de desaparecidos en manos del Estado argentino.

El programa compromete buena parte de la labor del equipo de 45 expertos, que se ha convertido en referente para la documentación de violaciones a los derechos humanos con la exhumación de centenares de cuerpos. El grupo forense ha participado en la investigación de resonantes casos, como la identificación de los restos del guerrillero argentino-cubano Ernesto “Che” Guevara, asesinado por militares en octubre de 1967 en Bolivia, donde encabezaba un grupo insurgente.

Fuente: <http://www.elmundo.es/america/2010/07/26/argentina/1280160904.html>

Forenses identifican restos de 120 desaparecidos de la dictadura argentina



Buenos Aires, 26 jul (EFE).- Forenses argentinos identificaron los restos de 120 personas desaparecidos durante la última dictadura militar en el marco de una campaña latinoamericana de recolección de muestras genéticas, confirmaron hoy sus portavoces a Efe.

Algunos de los restos identificados hasta ahora corresponden a uruguayos desaparecidos a manos de paramilitares durante los llamados “años de plomo” de la dictadura argentina (1976-1983). EFE/Archivo

Se trata del total de restos identificados hasta ahora por el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) desde el lanzamiento en 2007 de la Iniciativa Latinoamericana para la Identificación de Personas Desaparecidas, con el apoyo de organizaciones de Guatemala y Perú, y del Gobierno argentino.

Los restos fueron hallados en distintas fosas comunes y cementerios del país suramericano, según miembros del grupo forense, una ONG que ha trabajado en la identificación de personas asesinadas durante dictaduras o en hechos de violencia política en más de 30 países.

Algunos de los restos identificados hasta ahora corresponden a uruguayos desaparecidos a manos de paramilitares durante los llamados “años de plomo” de la dictadura argentina (1976-1983), apuntaron las fuentes sin precisar la cantidad.

Los portavoces indicaron además que en agosto próximo se enviarán a Estados Unidos 800 muestras de sangre de otros tantos familiares de desaparecidos durante la dictadura argentina (1976-1983) para que sean analizadas en el laboratorio Bode Technology de Virginia.

Entre los identificados en estos años figura Manuel Coley Robles, el primer caso en el que se logró conocer el paradero de un español desaparecido en el régimen argentino.

Coley Robles desapareció en octubre de 1976 y sus restos permanecían enterrados en un cementerio de General Villegas, en las afueras de Buenos Aires, señaló el Equipo Argentino de Antropología Forense en diciembre pasado al divulgar el caso.

El equipo forense ya ha enviado 6.000 muestras de sangre de familiares de desaparecidos y de más de 600 esqueletos al laboratorio estadounidense Bode, uno de los que realizó trabajos vinculados al atentado contra las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001, para cruzar datos genéticos que permitieran averiguar la identidad de los restos.

La iniciativa para la recogida de muestras de sangre también fue lanzada en España, Chile, Brasil y Uruguay, mientras que Suecia y el Reino Unido pidieron enviar análisis de allegados a secuestrados durante la dictadura de Argentina, que causó la desaparición de unas 30.000 personas.

Igualmente, se extendió a otras fronteras porque decenas de desaparecidos en Argentina procedían de diferentes países, en los que el equipo también ha trabajado en distintas misiones.

La campaña se puso en marcha luego de que el Congreso de EE.UU. le otorgara al grupo forense argentino un presupuesto de 1,4 millones de dólares.

Esta dotación le permitió hacer estudios genéticos masivos, crear su propio laboratorio de genética en la provincia argentina de Córdoba, continuar con la exhumación de cuerpos y formar el primer banco de muestras de desaparecidos en manos del Estado argentino.

El programa compromete buena parte de la labor del equipo de 45 expertos, que se ha convertido en referente para la documentación de violaciones a los derechos humanos con la exhumación de centenares de cuerpos.

El grupo forense ha participado en la investigación de resonantes casos, como la identificación de los restos del guerrillero argentino-cubano Ernesto “Che” Guevara asesinado por militares en octubre 1967 en Bolivia, donde encabezaba un grupo insurgente.

Segunda parte

“La imaginación al poder”.

El hombre, ya anciano, recientemente alcanzado por una jubilación que le era esquiva, abuelo de una decena de pequeños, sabía que no se construye un relato con palabras neutras. Corría marzo de 1976 y allí donde estaba, la gente desaparecía, la secuestraban. Lo había escuchado. Lo había visto en la fábrica, en las casas. A él también podía pasarle si no encontraba una maldita estrategia. Y si la encontraba, quizás también, podían torturarlo, o asesinarlo allí por donde caminara. Su propio cuerpo rendido le susurraba que estaban cerca, que tal vez no lograra la próxima emboscada que los señores de la muerte prepararan.

“¡Pueblo!”

Esa es la palabra que construye su relato. Desde el mismo día de su toma de conciencia la había empezado a asimilar: “El pueblo”. Un militante era un escritor, y eso no se lo olvidaba. Era autor de acontecimientos que dan forma a una trama, una ocupación subversiva, y eso tampoco ayudaba. Se preguntaba por personas, lugares, nombres y encuentros fallidos, y él casi nunca sabía las respuestas. Pero no dejaba por eso su hoja en blanco. Lo que aquellos querían, esto siempre lo supo, era otra cosa: fracasar toda narración para repensar los vínculos entre la libertad, la justicia y la política, así como una vía para la acción que se propusiera solidarizarlos y que, tras el golpe cívico-militar, habían quedado eliminados, en tanto estado-social que permite a todo hombre tener la capacidad para

acceder a los asuntos políticos. Por eso estaban encerrados, desaparecidos, para todos, su hermano, otros vecinos, y algunos compañeros de la fábrica.

“El pueblo, siempre vuelve. Sus quimeras, sus hechos, siempre vuelven.”

De regreso al atardecer de su cocina en el barrio recién asfaltado, la frase seguía persistente en el paladar de mate amargo del abuelo. Sabe que está al límite de sus fuerzas: tiene los pulmones y la mandíbula derrotados por el tormento; los golpes en los oídos lo tienen en un permanente mundo de crujidos. Lo que más lo sostiene es saber dónde y con quién está Marquitos, su nieto de un mes.

Se dijo una vez más que no debería haber organizado otra asamblea en la fábrica después de la detención de Ramón, su hermano. Que debería haber sabido que lo que allá era plan de lucha, en la calle se trocaría en algo siniestro. En esto que estaba respirando y padeciendo. Que debería haberlo visto en los ojos gangrenados con que lo miró ese gerente de Rigolleau la última vez que se cruzaron para tratar el despido de compañeros, apenas dos semanas antes, en la oficina de sillones de cuero verde, cuando le sugirió casi era una amenaza- que no buscara otros ceses, que se lo dijera a los obreros. Que debería haberse ido del despacho en febrero último, con el acta de intención. Que debió haber aceptado, en aquella reunión en su oficina, cuando el abogado de la empresa le ofreció la pluma fuente color negro: “Usted ahora firme acá. Diga a los de afuera lo que quieran escuchar y que después

nosotros se la arreglamos, pero firme ya”. Pero no había firmado y esa misma tarde la fábrica paró.

Juan estaba en el infierno por ser trabajador y delegado sindical, elección de su vida, y también por el peronista que, desde que había sufrido las primeras proscipciones de la Libertadora en septiembre de 1955 (por el General Aramburu, líder de un grupo liberal-conservador, que mediante un golpe de estado interno, finalmente, toma el poder, junto con el Almirante Isaac Rojas y el resto de las Fuerzas Armadas), siguió sumando experiencia hasta transformarse en el militante de un movimiento de jóvenes y obreros conscientes de construir las condiciones sociales para ser posible la democracia.

La historia militante de Juan era la de una necesaria respuesta frente a las dictaduras. A los 20 años, cuando dejó la provincia de Corrientes y lo adoptó el barrio de Berazategui, estaba al frente de la defensa de los intereses de sus compañeros. Poseía la convicción que sólo el trabajador habría de dar su cuerpo por otro trabajador. La había aprendido en apenas un puñado de meses, sobre la base de la resistencia obrera, acopiada por sus antecesores en la lucha: una toma de los trabajadores del frigorífico Lisandro de la Torre que se transformó en una movilización popular, cuando la conducción del sindicato volvió de una reunión en Olivos con Frondizi, quien en enero había sancionado la ley que habilitaba la privatización del frigorífico más grande de América Latina, transferido a la municipalidad de la Capital luego que Perón lo nacionalizara, donde comenzó Juan su participación

en el movimiento obrero organizado. De ahí llegó a peón, luego a asalariado calificado y a delegado, y a ser representante titular de sus compañeros en la comisión interna de la fábrica Rigolleau.

Juan tenía dos hermanos, Beatriz y Ramón. El menor, Ramón, era un tipo con personalidad que vivía al amparo de los oficios que su padre le había enseñado y su trabajo significaba choclos, la posibilidad de comerlos al calor de la cama. Beatriz, la mayor, que solía llorar a solas, sabía que su padre trabajaba todo el día y que el sueldo no alcanzaba, pero aunque racionaba los alimentos y vigilaba para que la leña no se consumiera inútilmente, aún en meses de frío, sintió desde entonces que el hambre pertenecía al orden de las cosas que no comprendía.

Juan recuerda que, en 1957, Ramón consiguió tres gallinas como forma de pago por un tejado y con parte de la fortuna que pondrían las aves, entonces, por un tiempo, todos comerían huevos antes de acostarse. Rápidamente, empleó el tiempo de descanso en construir, en el fondo, un gallinero, donde muchos vecinos, sus tíos de enfrente y, por supuesto, el capellán de la iglesia del pueblo, oían sus martillazos sobre clavos oxidados perforando la madera grisácea. El terreno desalambrado, la tarde, el calor húmedo, el almacenero Gregorio, el mecánico de al lado y el pulpero misionero se contaban entre sus oyentes. Tanto Gregorio como el bolichero perdonaban el puño cerrado de Ramón golpeando sobre la siesta, la hora de los ojos cerrados mirando los techos de chapas. Nadie mejor que Ramón, un muchacho de trabajo, para sacar a la

familia de la sopa con cáscara de zapallo. El gallinero de Ramón fue, además, el primer gallinero de ponedoras en varias cuerdas. Pero, Juan logra contar con tristeza él también pudo ver cuando su perro de hocico negro, flaco y alargado había atrapado a una de las aves. El padre, que miraba desde la ventana de la cocina no pronunció una sola palabra.

Ni antes ni después.

Según el propio Juan, sus primeras armas sindicales las hizo como delegado del cuarto grado de la escuela primaria, haciendo extender los recreos cinco minutos más de lo acostumbrado. Esa lucha de parte del niño, Ramón la supo reconocer y por eso admitió siempre que con aquel guiño su hermano ya le sugería un camino.

La llegada de Juan a Buenos Aires, en 1952, fue un síntoma propio.

A inicios de la década de los `50, en la Argentina para lograr cambiar el esquema de inflación y desocupación que comenzaba a sufrir - consecuencia directa del difícil desarrollo industrial que no logró sacar al país de la situación en la cual se encontraba-, el gobierno de Perón decidió llevar a cabo un segundo plan Quinquenal. Éste planteaba básicamente como objetivo fundamental asegurar el desarrollo de la economía social por medio de las actividades que ayuden a gestar la independencia económica del país. Con ese fin, el Estado se reservaba el manejo del comercio exterior, guiado por el propósito de defender la producción nacional y obtener términos de intercambios justos y equitativos. Su empresa estaba también orientada a la consolidación y diversificación de los merca-

dos de importación y exportación, en los cuales, obviamente, se veía involucrado el país.

Además se hicieron algunos ajustes, que consistieron en restringir el consumo interno, por lo cual fueron eliminados subsidios a diversos bienes de uso popular; se dispuso una veda parcial a la consumición de carne y se levantó el congelamiento de los alquileres. Además se proclamó la “vuelta al campo”, donde el IAPI invirtió su mecanismo y emprendió la tarea de estimular a los productores rurales con precios retributivos. Estas medidas apuntaban a aumentar la disponibilidad de divisas para seguir impulsando el desarrollo del sector industrial. Sin embargo, algunas ramas del ámbito industrial continuaban estancadas. Entonces para poder lograr desarrollar el sector y salir de la crisis, se limitó el crédito industrial y el uso de las divisas, y se dió prioridad a las empresas grandes, sobre todo a las industrias de bienes de capital. Uno de esos casos fue la reactivación de la empresa siderúrgica Somisa.

Otra medida consistió en el congelamiento por dos años de los contratos colectivos de trabajo. Además, Argentina realizó un acuerdo con una filial de la Standard Oil de California, que consistía en la explotación de decenas de miles de hectáreas en la provincia de Santa Cruz.

“Evita”.

La voz transcurre leve.

“Evita ya no estaba”.

La mirada camina nómada en el tiempo.

“Evita, fue su cáncer”.

Las manos le duelen.

“Evita fue el cáncer de Perón”.

El cuerpo es una herida de la espera.

“Entonces, fue la soledad”.

La respiración lo lleva a empujones.

“En aquellos días, y en este barrio, lo que me acompañaba era la memoria de las palabras y consejos de los cuentos que relataba la maestra. Esa mujer sabía contar historias. Historias leídas, historias orales, historias aprehendidas; historias con moraleja o sin ningún sentido, historias creíbles o historias imposibles; historias que no eran una cosa ni la otra. Esas historias siempre me siguieron, serenas. Cuando el espanto era el alimento diario, ellas estuvieron aquí señala el suelo de tierra que sostiene su cuerpo-acompañándome”.

Juan murió el 15 de abril de 2010. Alguna vez su historia será la leche que mamará un pequeño recién nacido.

II

Después del encuentro con mi abuelo, en el Parque Lezama, fui a visitar a Don Ceferino Fernández a un geriátrico de Berazategui, en la zona céntrica de la ciudad. Lo encontré casi sordo, con las piernas resonando en un sillón de caña y mimbre. ¡Cuánta pena al verlo! Recordé el hombre llano, sonriente y amigo que asomaba en las fotografías que aún conserva el abuelo, desde principio de los sesenta. En aquel tiempo era capaz de hacerle él solo frente a la infantería que venía a apretarlos, de subirse a las oficinas y discutir cara a cara

con el mandamás de la fábrica. Han pasado más de cincuenta años y yo estoy lejos de aquel militante sindical que era en los tiempos en que recién comenzaban las palabras poco a poco a tener su encanto y no estaba permitido olvidar las esperanzas ni la juventud.

Para que recordara a mi abuelo tuve que ubicarlo, contarle algunas anécdotas arraigadas que se revelarían entre las tantas e inmodificables que cantó después, cuando atravesó la noche oscura.

-¡Ah, vos sos el estudiante al que le robaron la mochila cuando iba a presentar el trabajo sobre la dictadura! Sí, me acuerdo, después te dieron otra oportunidad...

-No, ese fue un compañero de otro curso, el Gordo Salasar.

-Qué malo era el Gordo, ¿no es cierto? No tenía idea de dónde estaba parado.

-Sí, pero él aprobó el trabajo y yo estoy en veremos.

-¿Pasó con un diez?

-No. Ocho o nueve. Creo que después lo felicitó la directora.

-¿Y vos?

-Yo voy de charla en charla y no concreto nada.

-¿Y qué querés concretar?

-Tratar de comprender lo que pasó.

-Lo que pasó es que se nos desgastaron los zapatos.

Me quedé callado un rato, como si lo que él creía recordar hubiese sido la huella que le dejaran los inviernos cada vez más largos.

-No, no se me venga con los taponos de punta. El que está en cana es Videla.

-Pucha, los años duros fueron tan persistentes que se me confunde todo. Y la memoria a esta edad... Pero si seguimos hablando me voy a acordar de las buenas... ¿No sos el que fue preso por pegarle a un cabo en la toma del frigorífico Lisandro?

No, ese pudo haber sido mi abuelo. Yo no había nacido.

-Ya me ubico: te lastimaste la muñeca en una corrida en el Cordobazo.

-No, yo me arruiné la muñeca en un gimnasio, en Quilmes.

-Claro, ahora veo. El nieto de El Perro Rogelio que desmayó al cana en el Lisandro. Ya me había avisado que ibas a venir. Qué piña que le dió, ¿te lo imaginás a tu abuelo?

-¡Cómo no imaginarlo, don Ceferino!

-Nos reímos mucho en el geriátrico. Le pedí permiso a la enfermera y lo llevé a dar una vuelta por los alrededores de Ducilo. Le compré una Coca bien fría que, después me enteré, tenía prohibido tomar. Había un sol espléndido, una de esas tardes en que la primavera se anima a asomar. Al cabo de un largo monólogo, don Ceferino recordó sin pizca de resentimiento que más de una vez el periódico La Palabra en sus editoriales marcó su postura frente a las autoridades de facto que gobernaban el municipio.

-Me lo sé de memoria, me parece. La primera vez que lo leí fue estando en cana. Creo que me lo pasó un entrerriano del pabellón de los chorros, a quien le habían llevado un paquete de yerba envuelto en una hoja de papel del diario. ¿Estás listo? Esperá, déjame probar, creo que todavía me lo sé de memoria. Seguíme, a ver como va:

“Felicitaciones a los nombrados, felicitaciones a no-

sotros mismos y sintiéndonos alentados por la actitud de Departamento Ejecutivo (ahí venían las mayúsculas) que está mostrando la sensibilidad que Berazategui necesitaba, desde hace tiempo y con suma urgencia.”¿Qué tal? Me lo sé completo, eh... A veces me sabía todos los editoriales de La Palabra. Con la incertidumbre que tenés en una cárcel, encerrado en tu celda que parece un patíbulo, te construís tu propio mundo, si no te fulminás por dentro. Yo leía cosas así para asegurarme que no estaba equivocado, que el estar ahí no era un error. Te digo como sigue, un pedacito nomás para que te avives del nervio que tendríamos que darle a este libro nuestro que estás escribiendo vos. Escuchá: “Se podía trabajar con total libertad (con los milicos, se entiende). Las opiniones que nosotros vertíamos eran escuchadas. El teniente coronel Horacio Rojas le daba mucha importancia a lo que decían los vecinos e intensificaba mucho la ayuda a los carenciados, esa era una de las mayores preocupaciones de Rojas. Uno de los métodos organizados para el municipio fue conseguir que la firma de pomada Cobra nos facilitara materiales y así los chicos trabajaban de lustrabotas, era una forma de incentivar a los pequeños en el trabajo. Todos nos emocionamos mucho cuando fue reemplazado y recuerdo que cuando se despidió lo hizo con lágrimas en los ojos.”

El reporteo es Lacquaniti, pero igual podría estar hablando cualquier otro vecino del barrio.

Hubo un tiempo en que don Ceferino hizo escuela en la bajada de línea. Y no era casual. Ceferino tenía una vasta historia sindical a sus espaldas. Inventó

mil estrategias: el llavero fantasma, las reuniones en la sacristía con el cura como campana, el mimiógrafo trotamundo; repartía panfletos por las calles tan gentilmente que parecía el promotor de un nuevo local de perfumería. Llegó a la osadía, en el Banco Provincia, de poner a un homosexual confeso pegando obleas, pared por pared en el mismísimo horario pico de trabajo. A Ceferino qué le importaba si, el tipo tenía las cosas claras y actuaba con más autoridad que esos camioneros que manejan de noche.

-Un militante tiene que saber aprovechar todo el potencial de sus compañeros. Llegó un punto en que, en Berazategui, no teníamos gente preparada, porque la mayoría estaba chupada. No iba nadie al frente si no les dabas las garantías suficientes. Y bueno, lo llamé a Jorgito, un pibe bárbaro, homosexual, y le dije: “esta es tu oportunidad, anda y demostrales a todos que tenés huevos”.

-¿Cumplió?

-Una vez. Para la militancia tenés que tener... un no sé qué. Lo tenés o no lo tenés. Vos viste: está lleno de revolucionarios con pulloveres de diseños peruanos, ¡no es serio!

-No obstante, Jorgito hizo su trabajo.

Sí, pero estuvo tres años encerrado en su casa sin querer salir. No me comporté bien con él. No fue justo que lo expusiera de la forma que lo hice. No fue justo. Carajo, que jodida que es la vida. Mirame a mí: con un pie en el geriátrico y otro en... yo que inventé el llavero fantasma.

-Ésa no la entendí, don Ceferino.

-Lo aplicamos en Villa España. Le pusimos llaves

de algunas casas a las que podían ir alternativamente uno o dos compañeros, los más jugados. Cuando introducían la llave en la cerradura y abrían, se cortaba del lado de adentro de la puerta un hilo delgado, casi invisible, que antes de desocupar la casa los compañeros debían volver a pegar estratégicamente. Luego, salían por la ventana que daba a los fondos. ¿Sabés cuál era la joda? A veces, se olvidaban de engrudar el hilo. Entonces, cuando decidían volver a usar la misma casa, al abrir la puerta y ver la hilacha despegada, salían rajando. El truco lo leí en una novela negra. Lo único que me pertenece es el nombre.

Lleváme hasta Ranelagh, ¿querés? Si me comprás otra Coca te cuento la del cura campana. Ese era un hombre sacado por Dios de entre los hombres para el servicio de los hombres. Casi nada.

-¿Coca fría, don Ceferino?

-Fría, bien fría... Decíme, ¿qué hacés acá con este viejo en vez de estar con una linda piba?

-Estoy escribiendo un cuento sobre los años de la dictadura.

-¿Tiene jóvenes adolescentes que empezaron a amar?

-Algunos.

-Muy bien. Las muchachas siempre nos congregan alrededor de un recuerdo.

-Siempre, don Ceferino.

-Sí... ¿De qué trata el cuento? ¿De la dictadura?

-No. Trata de jóvenes adolescentes que aprendieron a amar.

-Ya veo. Destapame la gaseosa, nene, que te cuento la del cura campana.

III-A

La noche cubría la cuadra. La luz de los postes de madera reverberaba sobre la zanja del camino de tierra que bordeaba la finca.

No había viento, pero al amanecer el frío había horadado en el paredón y, cuando la campana de la capilla indicó las seis, una errante vibración cetrina se dejó ver sobre la superficie del agua estancada. El aliento del chupadero se percibía a cientos de metros de distancia: la avenida, la tranquera, los falcons verdes, todo desembocaba en dirección a él, cada semana con mayor densidad. Era una arquitectura de líneas resquebrajadas; una arquitectura de cuadriláteros y triángulos que camuflaba el árbol invernal, la tranquera, la noche.

Unos trenes estridentes revelaron una estación quieta y cercana.

La Mitre discurría paralela a la vía y un dúo de camionetas cargadas con hombres entumecidos circuló durante un momento casi a la misma velocidad que el pesado tren de pasajeros. Los conductores de las camionetas, cubiertos en sus uniformes de fajina, no advertían la estación que miraba sus rastros, ni las espaldas calladas y obreras que estaban en su interior.

De la vegetación asomó el espacio del campo: metros de cemento elevándose entre paredes sin revocar. Los escalones desajustados de la entrada formaban graderíos reducidos y hemiciclos. Aquella construcción revelaba el carácter implacable de lo clandestino.

Entre cientos de casas berazateguenses no hay ni habrá nunca dos exactamente iguales. Todo jadeo es irrepetible. Es incomprensible que dos hombres, dos manzanas arenosas sean idénticos. Las palabras se cansan de sí mismas allí donde existe la porfía de volver al mundo inmodificable y usual.

El vistazo persistente pero acostumbrado del conductor castrense seguía el desfile de los arbustos de flores silvestres, los altos árboles de laurel común, las ventanas de guillotina donde se aislaba, como a la vela delgada debajo de una cama, a los cautivos inmovilizados detrás de los muros. El conductor arrojó el cigarrillo por la ventanilla; la camioneta lanzó una llamada de aviso. Apareció de repente un soldado con un farol de mano, luego una recua de uniformados con rifles en el hombro, alineados por los furgones encharcados y los focos delanteros, pálidos como la piel desvaída.

De lejos se oyeron los chillidos de un tren que se detenía. El conductor se volvió hacia el ayudante:

-Ese es el de la cinco y cincuenta, lo reconozco porque va atrasado; descargó al obreraje, y ahora se lastra cabecitas para Capital.

El tren nivelado narró lo obvio al cruzarse con aquel otro tren que se dirigía a La Plata; el árbol medroso vibró, los vagones sobre las vías chillaron, y de pronto, las cosas y los vagones con paragolpes y cadenas, go-teados por el rocío, se acoplaron en las vías que avanzaban repetidamente.

El ayudante del conductor, que había sacado una mano del anorak, se resfregó la cara amodorrada. Con

una mirada sincrónica, el conductor le ordenó que recuperara la posición.

-Francamente, señor -le dijo el ayudante moderando el fastidio-, de no ser por el inesperado último trabajo por estos turros, podríamos estar durmiendo y no toda la noche afuera, muertos de cansancio. Como si no lo pudiéramos hacer ahora, en la mañana.

Al conductor le aburrían los interminables lamentos sobre los traslados.

Da un buen grito -dijo-, y que los pendejos directamente pongan en fila la descarga principal.

III-B

En el centro clandestino de detención, León Riquelme tuvo oportunidad, por primera vez después del viaje trotamundos en la juventud, de medir su conocimiento sobre la condición humana. Antes del golpe de estado, cuando vivía en la ruta, había tenido frecuentes ocasiones de hablar con otros. Ahora recordaba los años nómades que había pasado en Lima y en Francia, donde él y otros compañeros errantes bailaban, debatían, cantaban en odiseas vagabundas.

Moledo, el cura villero que compartía las cadenas con grilletes junto a Riquelme, le había comentado que en El Castillo vivían hombres y mujeres de diferentes edades.

Las decenas de habitantes de las celdas compartían el mismo camino, el mismo grito aberrante, el mismo desabrigo, el mismo cuerpo abatido, el mismo caldo frígido a base de cebolla y masa de harina sucedánea

del pan que los cautivos masticaban mezclándola con su baba para lentecer la ración.

Para los carceleros del campo, los secuestrados no se diferenciaban ni por un número ni por el color del jirón que llevaban ligado al cuerpo.

Aquel éxodo atormentado había dejado las palabras que algunas veces compartieron para sentirse habitantes de un mismo mundo, pero todos estaban anudados por un improrrogable destino común. Profesores universitarios en ciencias duras o en humanidades se tendían en el mismo piso de cemento junto a obreros fabriles o barrereros municipales incapaces de resolver un cálculo matemático. Una joven estudiante que antes se acostaba tarde por preparar un exámen y cuya carencia de deseo de desayunar inquietaba el alma de su madre, ahora la trasladaban a la sala de tortura al lado de aquella otra que toda su vida había alimentado a sus hijos a base de leche y sal, en invierno o verano. Sus pies descalzos producían el mismo mutismo al besar el suelo y ambos compartían el mismo baño sin puerta y el mismo orificio como retrete.

El camino de esos hombres, a pesar de su contraste, acababa por parecerse. Tanto si su recuerdo se asociaba a un sábado de pizza y moscato sentados a la mesa de la cocina de la suegra, como si estaba ligado al griterío burión de los cuñados porque Boca había vuelto a perder o al Winco donde giraba una balada melodramática en la casa de la vecinita del frente; para todos los prisioneros, del más viejo al más joven, en el pasado, al fin de cuentas, no se habían perdido tantos goles.

Antes del golpe aquel campo era una planta transmisora.

El terrorismo de estado había creado un nuevo tipo

de transmisión: las palabras que no habrían de tejer ningún mensaje.

Muchos vecinos iban a parar al chupadero por su apellido en una agenda o por haber sido señalado por otro detenido enloquecido por sus verdugos que demandaban un nombre. No habían hecho circular panfletos, no habían participado en reuniones encubiertas. Se los acusaba por las dudas. Y ya se sabe, para poder ser libre, sólo hace falta dudar.

El encierro de familias enteras en el campo clandestino de detención para secuestrados activistas era otra de las novedades de la dictadura. Allí coexistían modistas que componían arreglos pequeños en sus propios domicilios y taxistas detenidos en los autos, estudiantes y amas de casa. Estas últimas eran de especial interés para los grupos de tarea y se les exigían que dieran información, colaboraran con todo tipo de conversación escuchada entre los amigos de sus hijos, las vecinas del barrio, repitieran todas las charlas en la feria.

En el campo había militantes: estudiantes que se habían atrevido a abandonar sus lugares en las universidades o en los colegios secundarios sin autorización de los directivos, o en las fábricas. El encierro en campos clandestinos de detención de empleados municipales por el conocimiento sobre lo que se hablaba en los pasillos y oficinas del municipio también era una invención de la dictadura.

Había en el campo hombres con jirones de tela marrón encapuchándoles los ojos: inmigrantes huidos del Chile pinochetista. Era éste, igualmente, un plan de coordinación entre las dictaduras del Cono Sur: todo

aquel considerado contrario al orden establecido, aún cuando se hubiera comportado con lealtad a los principios de igualdad y libertad, se convertía en un enemigo.

Los hombres descubiertos que llevaban unas ligaduras en las muñecas, con las palmas de las manos juntas, encarnaban un sometimiento religioso: los carceleros, en ese gesto, encontraban la adoración y la humildad del penitente ante ellos y ante la dictadura.

La diferencia que implantaban los guardias sobre el disciplinante y el hombre sólo esposado era otra afirmación del ser nacional.

En el campo había hombres con un destino tan propio que no habían podido encontrar ningún retal de tela ni ataduras de metal que se acoplara convenientemente al suyo. Pero también el jubilado uruguayo, el boliviano llegado de La Paz para comerciar frutas y verduras, el estudiante de medicina peruano habían recibido del Estado un rincón con los pisos de cemento, un jarro de sopa y horas de interrogatorio en las salas de tortura.

Noche y día las camionetas avanzaban en dirección al centro clandestino de detención, al campo de la muerte. El ruido de los motores se obstinaba en el viento junto al chillido de los trenes y el silencio medroso de decenas de cientos de prisioneros que se anclaban en espacios compartimentados sin revoque en las paredes. Los campos se convertían en las ciudades de la nueva Argentina. Crecían y se expandían con su propia geografía, sus edificaciones, hospitales, restaurantes, morgues y plazas.

Qué inocentes, qué benévolamente familiares se mostraban ahora las viejas cárceles abarrotadas en las grandes ciudades en comparación con aquellas urbes del

campo, en comparación con la aterradora genuflexión nocturna y helada de los simulacros de fusilamiento.

Uno podría suponer que para controlar a aquel enorme número de prisioneros se necesitaría un ejército de vigilantes igual de numeroso, miles de carceleros. Pero no era así. Durante días no se veía en los centros un sólo uniforme del ejército. En las nuevas ciudades eran los propios detenidos los que habían aceptado, quebrados, la obligación de ser vigilados. Eran ellos los que aguardaban que a sus platos sólo fueran a parar las cebollas babeadas y caldosas, mientras que los churrascos con papas al horno se destinaban a las comidas principales de los componentes de los GT.

Los detenidos eran los médicos de sus compañeros, los lavaplatos de sus carceleros, los auxiliares de limpieza que barrían la cocina y cortaban el pasto del jardín del campo. Eran incluso los electricistas que proporcionaban la luz y la energía cuando la picana hacía saltar la instalación vieja.

Los grupos de tareas los crueles y atroces miembros en la gestión del centro clandestino realizaban una irrupción permanente en las celdas. Militares y policías controlaban toda la vida del campo: desde la alternancia de los torturados hasta las cuestiones más personales que tenían lugar durante cualquier momento del día en el reparto del botín de guerra. Los secuestrados participaban del espectáculo bacanal del Estado de terror, incluso en los festejos por el día de la primavera, en el espacio soleado y tenue de

una tarde de septiembre cuando el murmullo de los pájaros era cegado por el alarido atormentado.

La dictadura campaba a sus anchas, no vivía oculta de los ojos del municipio llano: gustaba mostrarse y su permanencia.

IV

Le escuché esta historia a mi hermano.

Debido a que mi hermano siempre fue un hombre de bajo perfil, por lo menos a lo que a contar historias se trata, me pidió que ella quedara entre nosotros.

Excluyendo eso, que la historia jamás me la contó mi hermano, todo lo demás es exactamente igual como la escuché.

Mi hermano y yo nos llevamos once años.

Él trabaja desde antes que yo naciera, según me dijo mi madre, y como es el hermano que a mí me gusta escuchar, le presto toda mi atención cuando habla.

Durante mucho tiempo casi no se preocupó por narrarme sus historias.

Era el extraño muchacho que llegaba tarde por las noches a casa, trayendo siempre un mameluco azul y engrasado, de los de mecánicos o de los de torneros, que mi madre fregaba durante horas hasta quedar purificado, y nada más.

Pero luego, un día, hace varios años, él estaba buscando algo en el dormitorio cuando casualmente tropezó con mis zapatos.

Yo ya no era simplemente el pequeñín de la familia para mi hermano, me había convertido en un joven casi universitario.

A la mayoría de mi familia le importa poco y nada la literatura y los exámenes, pero resultó que mi hermano era un contador de historias.

Ahora que había descubierto el misterio de quién dormía al lado de su cama, me admitió como un confederado, un socio, un amigo.

A fuerza de ser sincero, a mí se me presentaba incómodo.

Luego, casi forzosamente, llegó la oportunidad en que me preguntó si estaría yo dispuesto a oír su relato.

Debido a su ánimo y buena intención, no parecía que hubiera manera de negarme.

No sé qué esperaba yo.

Pero seguramente, no era lo que mi hermano me narró a las pocas semanas.

En un pequeño baúl sin cerradura desenterró un sobre ajado y sacó varios recortes de diarios desteñidos.

Dijo que aquéllo era la derrota de su vida y no demostraba más de un instante al día en recordarla.

Todas las mañanas durante los últimos treinta años se había detenido al borde de la cama exactamente a las cinco y había talado palabras de exactamente los mismos diarios.

El plan, sin embargo, ascendía a una treintena de artículos.

Cada texto representaba un año diferente y todas las noticias estaban organizadas en secuencia, desde enero hasta diciembre, pegadas en una cartulina, con las fechas esmeradamente asentadas al dorso de cada una.

Mientras miraba las cartulinas y comenzaba a exami-

nar la colección de mi hermano, no sabía qué entender.

Mi primera impresión fue que se trataba del muestrario más raro e inadecuado extraño -quiero decir- que había visto nunca.

Todos los artículos eran de dos párrafos.

Todo el plan era un desconcertante asalto de insistencia que te aturdiría, el mismo entintado y la misma tipografía una y otra vez, un inclemente dislate de palabras repetidas.

No sabía qué podía decirle a mi hermano; entonces continué pasando los artículos, articulando sonidos sordos con fingida importancia.

Mi hermano parecía calmado, mientras me miraba con un gesto de pena en la cara, pero cuando yo llevaba ya varios minutos curioseando los recortes, de repente me paró y me dijo:

-Estás haciendo que ves. Nunca lo vas a entender si no lees los párrafos.

Me había pescado, por supuesto.

Si no te tomás un tiempo para analizar, nunca vas a conseguir interpretar nada.

Agarré otro puñado de textos y me obligué a tomar la cosa en serio.

Presté más atención a los titulares, me fijé en las pocas negritas, observé los leves cambios en la producción de sentidos (la sintaxis que respondía a la ausencia de una deliberada corrección de estilo, la fatigosa redundancia, la contradicción entre las premisas y las conclusiones).

Y luego, palabra por palabra, comencé a distinguir los cuerpos de las personas en segundo plano, unas madres rotando en sentido contrario a las agujas del

reloj, las mismas mujeres en el mismo lugar todas las semanas, pasando un instante de sus vidas por los recortes de diarios de mi hermano.

Una vez que me fueron familiares, empecé a reparar en su respiración, la diferencia en su andar de un año al siguiente, tratando de revelar su condición por estas huellas visibles, como si pudiera redactar reseñas para ellas, como si pudiera hundirme en los interrogantes encarcelados dentro de sus cuerpos.

Tomé otros artículos.

Ya no estaba molesto ni confundido como al inicio.

Creí percibir que mi hermano estaba deletreando el tiempo, el tiempo que hay en la vida y el tiempo que la vida es, y lo hacía deteniéndose en un mínimo ángulo de la casa deseando que siempre fuera texto, permaneciendo despierto en la esquina del mundo que había elegido para la espera.

Viéndome mientras yo leía su tarea, mi hermano permanecía sonriendo con agrado.

Luego, casi como si hubiera estado recortando también mi pensamiento, empezó a tararear un estribillo de Viglietti.

-Vamos haciendo la nueva canción, susurró menu-do y cauteloso de la derrota crear primavera.

Entonces, comprendí.

Eso fue hace más de treinta textos.

Desde ese día mi hermano y yo hemos charlado sobre su trabajo muchas veces, pero hasta el martes pasado no me enteré de cómo había comenzado a hacer recortes.

Ésa era la trama de la historia que me contó y, aún hoy, sigo intentando entenderla.

Al final del último cuatrimestre del año pasado me había convocado el adjunto de una de las materias y me había preguntado si querría escribir un editorial que aparecería en la revista de la universidad en el mes de marzo.

Mi primera respuesta fue decir que no, pero el profesor era muy convincente y afable y al final del diálogo le aseguré que lo intentaría.

En cuanto salí de la facultad, sin embargo, me vine abajo.

¿Qué sabía yo sobre el 24 de marzo?, me pregunté.

¿Qué sabía yo de escribir editoriales?

Atravesé los posteriores días afligido; interpelando a los textos de Walsh, Pasquini Durán, Casullo y otros maestros.

Las propias palabras “escribí un editorial” tenían un ilimitado desnivel respecto a mí, en su recuerdo de enormes textos de honradez conciente y digna.

Los mejores escritos sobre el horror eran la desvictimización de los que esperan relatos utópicos para pragmáticos, y por nada del mundo yo era digno de atar la correa de esas sandalias.

Sin embargo, ¿cómo podía nadie proponerse escribir un editorial sobre el marzo argentino que no fuera sobre el martirio?

Era una antítesis en los juicios, un antagonismo, un contraste.

Sería como construir ventanas cerradas o una puerta clausurada.

No llegaba a ningún puerto.

Los otros días salí a deambular, esperando que en el viaje me acercara a las palabras.

Poco antes del mediodía me senté en la plaza para descansar, y allí estaba mi hermano, echado en el césped, de cara al sol.

No se sorprendió al verme.

Sin proponérmelo verdaderamente, me hallé desembarcando mis angustias sobre él.

-¿Un editorial sobre marzo?- dijo cuando yo concluí.
¿Es eso?

Si me acompañas hasta que vuelva a entrar al taller, hermanito, te cuento una historia que nunca oíste.

Buscamos un banco, uno angosto y tajado que tienen las plazas de Berazategui y árboles con letanías de abuela moteados en las cortezas.

Encontramos el lugar en un periquete, sacó su almuerzo y luego mi hermano echó a andar el relato.

- Fue en abril del setenta y seis, -dijo.

Una mañana entró un chico y empezó a tartamudear sílabas en el taller.

Tendría unos once o doce años y creo que no volví a ver en mi vida un pájaro de mal agüero tan claro.

Estaba de pie al lado del expositor de herramientas de la pared junto al foso, encerrándose las manos en los bolsillos del guardapolvo.

Había algunos clientes junto a sus autos en aquel momento, así que al principio Fabricio no le vio.

Pero cuando me di cuenta de lo que estaba diciendo, paré de trabajar.

Empezó a lagrimear como apesado y cuando yo conseguí pasar los coches estacionados, él ya lloraba con una exhalación espasmódica.

Le miré más o menos un minuto la carita mojada y luego me arrodillé.

Se le había caído algo del bolsillo, a esta altura agujereado; entonces, me agaché para ver lo que era.

Resultó que era una nota.

No había una sola palabra de más, pero sí las letras apiñadas junto con dos o tres puntos seguidos. Supongo que podría haber llamado a Fabricio para que la leyera.

Tenía su nombre encabezando el mensaje, pero tuve que sorber la misma tinta que salía del papel, deteniéndolo con las manos antes de que se lo diera. Lo sentía ir y venir, cada vez más; hasta que se hizo tan delgado que me empapó toda la palma.

Querido Fabricio. Así empezaba.

Recuerdo que en uno de los renglones estaba la palabra mujer, modelando el signo con el lápiz que no permitía mentir.

En otro estaba formada coma diabético trazado con un tono de confianza y con un gran gesto de dolor.

No tuve fuerza.

Me figuré que probablemente el golpe era desolador.

Un pobre tipo de Almagro sin mucha suerte, y, además, ¿qué importaban un par de minutos de calma?

Así que me quedé con la nota.

Por momentos sentía el impulso de dársela sin más demora, pero lo retrasaba una y otra vez y no hacía nada al respecto.

Luego, el niño se va y yo me encuentro sin saber qué hacer.

Evidentemente el mensaje me quemaba las manos, pero ese año él y su familia habían sufrido la desaparición de su hijo.

Así que estoy sentado en mi banqueta esa mañana compadeciéndome estúpidamente un poco de mí

mismo y entonces veo la nota para Fabricio sobre un rincón del escritorio.

Pienso, qué mierda que puede ser la vida, por qué dilatar más las cosas, así que me levanto y salgo para entregar el mensaje personalmente.

El mensaje estaba en Medrano y Cangallo, en la realidad transferida.

Aquel día garuaba y recuerdo que me tropecé con el críquet mal situado tratando de encontrarme con Fabricio.

En ese momento todo parece igual y recorrés una y otra vez las mismas cosas pensando que, tal vez, estás en otro lado.

Finalmente bajo al foso y entrego la nota.

El piso del auto da una oscuridad que cierra todos los caminos.

Pienso que no va a marearse, pero me quedo a su lado para asegurarme.

Espero un poco más y, justo cuando estoy a punto de subir la escalera, veo que Fabricio se apoya en la pared arrastrando la espalda hacia el piso.

Una voz flaca y blanca pregunta qué pasó y yo contesto que te lo explicarán mejor en el hospital.

-¿Sos vos, Alejandro? -dice.

Sabía que volverías a casa de mamá y papá.

Y luego abre los brazos como si tuviera el deseo de abrazarme.

Yo no tenía mucho tiempo para tantear, ¿entendés?

Tenía que hacer algo rápido y necesario, y antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, oí que mis propias palabras consentían el diálogo.

Está bien, mamá Ruth -dije.

Volví para verte después del viaje.

No me preguntés por qué lo hice.

No tengo la más mínima idea.

Puede que no quisiera darle otro golpe al corazón o algo así, no lo sé.

Sencillamente salió así y, de pronto, aquella anciana me abrazaba en el pasillo de su departamento y yo la abrazaba a ella. Una fotografía de Fabricio reía sobre un mueble del comedor.

No llegué a decirle que era su hijo.

No precisamente, por lo menos, pero eso era lo que reemplazaría.

Sin embargo, no estaba intentando estafarla.

Era como un descanso que los dos habíamos decidido tomar, sin tener que debatir con el tiempo.

Quiero decir que aquella mujer sabía que yo no era su hijo Alejandro.

Está vieja y amnésica, pero no tanto para no percibir la diferencia entre un extranjero y su propio hijo.

Pero le hacía bien fingir y puesto que yo estaba en el baile, me alegré de hacerle sonreír.

Así que me hizo pasar al departamento y pasamos la tarde juntos.

Aquello era un verdadero desorden; podría ampliar, pero ¿qué otra cosa se puede esperar de una comatosa diabética que sigue de pie y vive sola?

Cada vez que me preguntaba cómo estaba yo le inventaba.

Le dije que había recorrido varios países, le dije que había encontrado una buena esposa, le hice todo el cuento del tío y ella hizo como que se lo creía.

-Eso es hermoso, Alejandro -decía, aprobando con la cabeza y mirándome.

Siempre imaginé que encontrarías un lugar en este mundo.

Al cabo de un rato, intuyó que tenía hambre y empezó a servir la mesa.

No parecía haber mucha comida en la casa, pero estaba equivocado.

Una torta de manzanas, pastaflora con membrillo, una bandeja de medialunas de manteca, bombas de crema; toda repostería casera.

Ruth tenía un par de cajitas de té azul guardadas en su aparador de cedro con alzada, así que entre los dos conseguimos preparar una merienda más que decente.

Recuerdo que los dos nos reímos por el atracón y cuando terminamos de tomar el té fuimos a sentarnos a otro ambiente, donde un sofá clásico descansaba junto a la pared.

Yo tenía que recapitular todo lo vivido, así que me disculpé y fui a dar una vuelta por el departamento.

Fue entonces cuando las cosas dieron un giro.

Entro en la habitación de Alejandro y, apiladas sobre la cama al lado del bajo Fender, veo unas cinco o seis camisas recién compradas.

De mangas largas, con los cuellos almidonados, completamente nuevas, aún en sus bolsas, prendas de primera calidad.

Yo había usado ese tipo de camisa toda mi vida y ciertamente nunca me había probado nada sin permiso, pero en cuanto veo esas camisas en el cuarto de Alejandro, decido que quiero arrojarme con una de ellas.

Así de simple.

Y, sin detenerme a pensarlo, me visto con una de las camisas y vuelvo al cuarto del sofá antiguo.

No debí ausentarme más de unos minutos, pero en ese tiempo mi mamá se había quedado dormida en su sofá.

Demasiada comida, supongo.

Entré a la cocina para lavar los platos y ella siguió durmiendo a pesar de la estridencia, igual que una criatura.

No quise despertarla, así que decidí marcharme.

Ni siquiera podía escribirle una nota de despedida, puesto que ella seguiría buscándome por las orillas de las vías del tren como cada noche, desde aquel abril que me sacaron de la casa de los pelos y a culatazos y me cruzaron del otro lado del andén donde esperaba el Falcon verde con el motor encendido, así que la besé y simplemente me fui.

Miré la foto donde yo estaba de pie rodeando con el brazo a mamá Ruth y a papá Fabricio, vestido con la camiseta de Boca y con una gran sonrisa en la cara, tomé la camisa otra vez y salí del departamento.

Y ese es el final de la historia.

-¿Volviste alguna vez? -le pregunté.

- Una sola -respondió.

Unas semanas más tarde.

Me sentía tan mal por llevarme la camisa que ni siquiera la había usado.

Finalmente, tomé la decisión de devolverla, pero Ruth ya no vivía allí.

No sé qué le había pasado, pero en el departamento vivía otra persona y no sabía dónde estaban ella y Fabricio.

- Probablemente habían muerto.
- Sí, probablemente.
- Fue una buena acción, hermano.
Hiciste algo muy hermoso por ella.
- No estoy tan seguro.
- La hiciste feliz.
Y además la camisa era para vos.
No existía otro propietario.
- Todo por la elegancia, ¿eh?
- Yo no afirmarí eso.
Pero es cierto que te queda muy bien.
-Y vos tenés tu historia sobre el marzo argentino, ¿no?
-Sí -dije.
Supongo que sí.
Hice una pausa durante un momento, mientras una sonrisa pícara se extendía por su cara.
Yo no podía estar seguro, pero el enunciado de sus ojos en aquel segundo era tan extraño, tan colmado del brillo de cierto recreo interior, que repentinamente me pasó por la cabeza que él había anhelado toda la historia.
Mucho más tarde comprendí, que no hay ninguna historia que no pueda ser verdad.
- Gracias por ayudarme.
- No hay nada que agradecer -contestó él, mirándome aún con aquella chispa traviesa en los ojos.
Después de todo, si no podés compartir tus secretos con tu hermano, ¿qué clase de amigo sos?
- Supongo que te debo una.
- No, no.
Simplemente escribila como yo te la conté y el que quiera entender que entienda.
Devolví la sonrisa a mi hermano con otra mía.

Por fin el hombre decidió leerlo. Sentado frente a la mesa de la cocina, apoyada en sus rodillas la carpeta de cartón, miraba. La tarde estaba fría. Entre las medias caídas y los pantalones encogidos asomaba una breve fracción de pierna anciana, cansada. Acarició sus manos para templarse. A un lado, un sobre de fotos esperaba como prendas olvidadas del fondo de un baúl. Esa mañana con la que iniciaba el día de su decisión, se había preparado el desayuno, hasta con unas rodajas de pan negro casero que sacó de una bolsa de arpillera bordada. En la cocina, el viejo y yo no hablábamos. Lo habíamos hecho durante días; el fuego afable de la hornalla fue nuestro testigo. Podía oír el ir y venir del soplo de sus manos sobre las hojas sepias. El silencio y el ruido de las hojas se alternaban, mientras él miraba en la ventana que tenía ante sí el lugar por donde solía aparecer la silueta alegre de su hijo, su caja de herramientas, su olor a trabajo y su cansancio, ese cansancio en siempre en la espalda que lo convertía en una simple repetición del cuento, en otra especie de cuento sin plagio ni doble, pero igual al doble en todo lo demás. El hijo parecía estar en ese otro lado de la ventana, aunque todavía no hubiese golpeado el badajo de la iglesia anunciando que enseguida aparecería por la calle de tierra, como una gran mancha azul, su mameluco. Llevaba un buen rato sentado frente al relato. Como sintió la tristeza en la boca del estómago, sin levantarse, masajeó su pecho y apo-

yando las manos en el manuscrito se corrió hasta mi silla de pino y me leyó el cuento.

David se remonta tres décadas atrás, por este espacio paralelo y cuadrulado, que en otro tiempo fue un tablero de ajedrez pero hoy, marcado por usos y abandonos, es tan neblinoso como los demás recuerdos de esta historia. Cada casillero esconde más de lo que relata. Los bordes del tablero, incluyendo los vértices, el reverso, un distributivo medio y los cuadrados negros están ajados, y en ellos marcan los movimientos, traslados, ataques, estrategias, defensas, pérdidas, enroques, caídas, ideas, teorías, jugadas y más jugadas, hasta el final. En los cuadriláteros blancos, en las esquinas, encima de las marcas, cartón, cintas adhesivas y espacios grisáceos, los silencios se esconden entre los intersticios y los monarcas siempre están resistiendo. Más que un rectángulo o un artefacto, este tablero parece un indescifrable mapa de guerra, un archivo en el que se logró esconder, entre polvo y signos, desde decisiones pensadas hasta partidas contradictorias. A David esta idea lo organiza, se ordena y se mira a través de ella. Se mira y narra.

Son sólo partidas, murmura.

En esta época del año, la lluvia del otoño, puertas afuera, el barrio de Caballito, a la vuelta del Buen Pastor, es un murmullo de escolares en las veredas y, de vez en cuando, un chirrido de ruedas sobre el pavimento. El badajo monótono del campanario se opone al destino imprevisible de esta cartografía.

“Recuerdo cada partida, dice David. Yo recuerdo cada partida. Sobre este tablero se guardan movidas

que se consideran de novatos, partidas hilvanadas por algún contendiente lúcido en una jugada, para construir el triunfo en una movida, hasta tramas revolucionarias derrotadas después en el siguiente movimiento”.

“Más que un cuadrilátero de cartón, este tablero es un texto, dice David. Si conociera su lenguaje, hoy sería un intérprete, se sonríe. Pero apenas soy un analfabeto. Me limito a decodificar, acción vacía. Sin embargo, a pesar de todo, intento leer la traducción de alguna partida clandestina, oculta. Me sorprende pensar mi insistencia como necesidad, causa aristotélica: ponerme en marcha al encuentro de un fin. Todas las movidas de mi vida, experiencia teleológica. Incoherencia: el ajedrez como lenguaje estructurado, mundo habitado”.

“En los casilleros marcados de roces, saltos, dudas, contramarchas, premisas, fórmulas y más fórmulas hay también decisiones tomadas. Una disyunción entre algunas elecciones, una pieza tocada de modo indubitable, una movida tan libre como irrepitable, conclusiones de un inventario de posibilidades. Incluso en las decisiones en que David duda puede inferirse que detrás de cada duda se sostiene la libertad. Todas ellas regresan tres décadas”. El ajedrecista, ya pasó los ochenta, cierra la libreta de apuntes. Y repasa:

“Todo se me transformó entonces. Y esperé por el sueño durante meses. Los sedimentos quedaron colonizados. La isla siguió colonizada por juncos, ceibos, especies. Después, sólo la colonia. Después de aquellos años lo que quedó de mí fue un pantano, una laguna colonizada”. El río, dice. Hay que haber estado en esa

isla. Si se navega por ahí, todavía puede verse entre orillas de ruinas y de pajonales las marcas que deja el río Yo tenía que esconderme, se explica.

“El ajedrecista intenta un inventario del río”.

Las hojas estrechas de los claveles del aire, las barbas del viejo, las plantas acuáticas flotando, los pastos altos, los nubarrones oscuros, la humedad que adormece, las huellas de los cisnes, el plumaje apagado de las calandrias, el refugio del surubí, y a pesar del paisaje calmo del Delta, recuerda el ajedrecista, el horror. Una lancha era la insinuación de un peligro. Advertido todavía por la memoria, el ajedrecista aún se acuerda el murmullo del motor. Estaba ahí, ocultándose como podía, paralizado por la rutina de una inspección, sola, cada noche. El ajedrecista suspiró como pudo, volviendo.

“Pero, qué diablos. Nunca sabré cómo hay que contar esta historia. Pensé una cosa curiosa. Si se pudiera ir a tomar un bote por ahí y que la historia se contara sola, porque la historia abre un camino, iría a buscarme. Buscarme, sí, porque la historia que hay que contar es también una búsqueda y a lo mejor puede ser que ir a buscarme diga más de la historia que yo, una isla, una soledad. Buscarme. Sin tregua, porque no concluye. Pero Ulises necesita quien lo escriba y sé que si me voy, esta historia se quedará sin nombre sobre la mesa, con esa mirada perdida que tienen las cosas por no saber nombrarlas. Por eso tengo que escribir. Uno de los dos tiene que escribir aunque allí está muerto Rodolfo, irrepetible. A veces es odio, un

súbito y necesario odio hacia la muerte que anda por ahí. Me gustaría mandarle una carta, saber que sus hijas están bien y si necesita papel, yerba, melodías. Anoche otra vez ensayé puntos de reunión. Nos encontramos en lo de Cholo. ¿Qué historia contar? Idea que vuelve como vuelve el Delta, allí habla y relata, allí es pensar en Rodolfo donde habrá tanta partida y libro que conforta. De repente me pregunto qué espero encontrar en cada palabra tirada al papel ahora que escribo; no puedo evitar hacerlo. Ir allá para salirme de este encierro, conocer al ir relejendo. Viajar allá, pero no ha de ser como cuando pienso el río, la isla inmóvil y la voz de Rodolfo, porque si uno comenzara a refugiarse en lo que piensa, si uno se quedara solamente sentado mirando un pedazo de cielo o preguntándose por qué el último movimiento nos ha rematado la partida, en seguida empieza como un nudo en la garganta y no se puede respirar hasta provocar un bostezo y sacar de una vez el aire; recién entonces uno se calma, se acomoda y puede volver a respirar. Mejor escribir, quizá escribir sea como una forma de conocer, por lo menos para quien escribe.

“Es siempre repetir lo mismo. Antes de terminar la última partida eran casi las doce de la noche y le dije a Rodolfo que iba al galpón a buscar leña para quemar. Desde la puerta de la casa (él miraba el tablero) oí el silencio, en la huerta o el río; tal vez en el río o tal vez en la costa porque la planicie barrosa detenía el sonido. También lo oí, un minuto después, en la entrada al galpón que arrojaba desde aquella casilla de chapa hasta el légamo. Me quedé oyendo el

silencio, intuyendo claramente que ya era demasiado tarde, dejé la leña de golpe descansando los brazos. Me llamó la atención que Rodolfo no preguntara qué pasaba. En una partida de ajedrez hay demasiadas estrategias para que una seducción sorprenda en la contienda. Muy pocas veces algo apagaba los sonidos, porque cuando acomodábamos las piezas en la mesa y el tablero, entonces el mundo se volvía astuto y ladino, como un viajero salvado por un secreto inocente. No susurré algo siquiera. Hace treinta años que me viene un ahogo de la isla. Tal vez ahora no le interrumpen o pudo conseguir consuelo. No susurré algo siquiera. Corría a la muda casa y no estaba su espalda, espalda inocente y despojada como no son nunca las espaldas si no se las hace reflexionándolas. Por la entrada del frente, en la cortina de juncos, vientos polvorientos de espinas y viejas repugnancias, mates amargos y agujas de lágrimas denunciando la emboscada. Andar por la casa con paso extraño, la pavita encima del tréberes de mi abuela materna (con ese hábito y dejarme la leña en el galpón) hasta los libros en el fuego, casi dentro del fuego llameante de ramas hachadas y manuscritos y alguna fotografía familiar que allá se perderá o algo peor. “Debajo de los libros supuse que estaría la carta. Lo pensé y no elegí esperar. Eran los párrafos del argumento de Rodolfo Wrangler en el papel. Me arrodillé sin miedo sospechando que después me llegarían las palabras. Estas cenizas de realidad, tan de realidad... Quién sabe si no la rescataría. Uno espera cartas al vivir callando, las lee en el momento: una oración, una alteración del orden, un sobre sin sello de correo. Pero

sé el remitente de la carta, es un poco como si de vuelta hubiese leído la carta de la isla y fuera fugitivo por saber su remitente; ahí donde el remitente es la carta. “Ya estoy, compañero. Calentaremos bien a tu perro y a tu cuarto. Es un fogón tan abrigado. Tus libros, tu carta. Cenizas, Rodolfo. Sigo en una isla (pero el dolor del insomnio es tristísimo y mucho más doloroso a la noche). Y no estoy salvado.

“En el borde de la isla caliente el incómodo escritor de pelo negro y despeinado esperará con algo digno y desnudo en la cara torturada, en el mapa de los ojos un poco vagos pero ya descalzándose. Sin nostalgia, encontrándolo al fin -yo creo que él está llorando- me apretaré junto a su pecho y los dos nos abrazaremos cansados y viejos en la casa, con el río ajado deteniendo el muelle.”

Índice

Prólogo	5
Agradecimientos	7
Aclaración	9
Introducción	11
Primera parte	
“Yo quiero seguir jugando a lo perdido...”	15
Graciela Changazzo	17
Elvira Sánchez	29
Alicia Pereyra	45
Silvia Estigarria	49
Alcira Coley Robles	57
Segunda parte	
“La imaginación al poder”	69

En memoria
de todos los Desaparecidos de Berazategui



Esta primera edición se imprimió en
Entrecomillas Impresores, La Plata,
Buenos Aires, Argentina, en el mes de
septiembre de 2011.

El “destello de la memoria” es una experiencia que consiste en recordar ciertas circunstancias que, por su importancia, están destinadas a perdurar en el tiempo. Este trabajo es un homenaje a los desaparecidos y a sus seres queridos, quienes siguen manteniendo encendida la llama de la *verdad* y la *justicia*. Fue realizado por alumnos de la Escuela Secundaria Ciclo Básico N° 21 de Berazategui, en el marco del Proyecto Jóvenes y Memoria.

ISBN 978-987-26352-3-7



Secretaría de Cultura y Educación
Municipalidad de Berazategui - Capital Nacional del Vidrio